

ALTAR Y TRONO.

REVISTA HISPANO-AMERICANA,

REDACTADA POR LOS MAS CONOCIDOS ESCRITORES CATÓLICO-MONÁRQUICOS,

Y DIRIGIDA POR LOS SEÑORES

D. A. J. DE VILDÓSOLA Y D. VALENTIN GOMEZ.

SUMARIO.

Un síntoma, por D. V. Gomez.—El clero y la revolucion, por don A. J. de Vildósola.—El Manifiesto de D. Carlos de Borbon y la política europea, por D. F. Brieva y Salvatierra.—Estudios económico-sociales: la economía política y el catolicismo (conclusion), por el P. D.—VIRGINIA, ó Roma en tiempos de Neron: novela escrita en francés por Villefranche, y traducida por don Francisco Melgar (continuacion).—Revista de la semana, por V. G.—Boletín bibliográfico, por D. V. Gomez.—Crónica del próximo Concilio.

UN SÍNTOMA.

Desatado el huracan revolucionario, ¿quién puede decir dónde cesará su ímpetu? ¿Quién se atreve á adivinar el tiempo de su duracion y las consecuencias de su imperio? Es el peñasco que rueda desde lo alto de la montaña, y que en su carrera, cada vez mas precipitada, troncha los árboles, aplasta al descuidado viajero, empuja otros peñascos, hace gemir al monte, y cae, por fin, al valle rodando por el llano sin direccion fija, hasta que la misma fuerza de la gravedad que le impulsó le detiene.

Cuando en 1789 se reunió la Asamblea nacional para proclamar los *derechos del hombre*, y con ellos la ruina del Trono, de la propiedad y de la familia, bien lejos estaban de sospechar los nobles que villanamente quemaron sus pergaminos, los clérigos que se enardecieron en el falso fuego de las nuevas ideas, y el Rey que en su debilidad concedió, por evitar disturbios, todo cuanto los revolucionarios le exigieron, que á los cuatro años habia de estallar la guerra de la Vendée, y la guerra de Francia contra toda Europa; que la cabeza del Rey habia de rodar en un cadalso; que tras de ella rodarian las de mujeres, niños y ancianos, cuyo único crimen era dar muestras de cristianismo; que despues los revolucionarios se degollarían unos á otros, motejándose de traidores á la revolucion, ó de reaccionarios, y que por tales habian de morir los girondinos.

No era fácil presumir que el vértigo de un pais le llevase á cometer excesos de que no habia ejemplo en la historia del género humano. Despues de una época que llamaban *ilustrada* sus admiradores: cuando las ideas de los filósofos habian penetrado hasta las entrañas de la sociedad, y á boca llena se gritaba que era llegado el imperio de la razon y de la filosofía, en sustitucion del fanatismo y de los horrores de la intolerancia, entonces precisamente vino el terror, vino la intolerancia, vino el fanatismo republicano á sembrar la desolacion y la ruina por todas partes, como tras de una hora serena y apaci-

ble en que el cielo y la mar parecen dos espejos que recíprocamente se reflejan, viene una tromba á arrebatarse los caseríos de la playa y á dejar yermos los campos.

No se previó el influjo de las ideas en el corazon del hombre corrompido; no se dió toda la importancia que tenia á la predicacion constante y desenfrenada de las mas absurdas doctrinas, ni se creyó que la palabra humana, trasmitida por medio de la voz ó de la pluma, fuese poderosa á remover las mas hediondas pasiones, y á convertir todo un pueblo en un tumultuoso enjambre de dementes, que llegara á revolverse en su propia sangre con el bárbaro placer de una hiena irritada.

La palabra tiene un poder ilimitado; vagamente se asemeja el flúido eléctrico á ese otro flúido que comunica una inteligencia á otra por medio de la palabra. Humíllase el corazon ante una palabra de dulzura y de paz; irrítese y llega á ser presa del delirio cuando le hiere la ardorosa y calenturienta palabra del tribuno.

El pueblo francés fue mil veces juguete de este influjo misterioso de la palabra humana. Dócil como un niño, se doblegaba ante la voz serena y pura de Luis XVI, de aquel desdichado monarca que hubiera sido el salvador de Francia si hubiese tenido el valor de la iniciativa, como tuvo el valor de la resignacion. Ciego y delirante, pedia el esterminio de todos los traidores cuando Marat lanzaba desde la prensa ó desde el club sus feroces rugidos.

Falto ya de fe cristiana, merced á la influencia de una filosofía sin Dios, el pueblo francés se agitaba de un lado á otro como una caña que contrarios vientos azotan, hasta que concluyó por caer en aquel abismo de degradacion que apenas puede sondear la mirada humana.

Antes, mucho antes del terror, se notaban claramente los síntomas de la fiebre que habia de devorar al pueblo. Apenas se cometian atentados, pero la atmósfera se preñaba de negrísimas nubes que salian del fondo de los clubs y de la prensa. La palabra era la fuerza que condensaba aquellos vapores siniestros, anuncio seguro de deshecha tempestad. Y el pueblo recibia aquella palabra con frenético anhelo, porque naturalmente enemigo de la indecision y de las medias tintas, queria ver algo de luz, siquiera fuese la luz del incendio que devora.

Oid lo que decia Marat cuando comenzaron las luchas entre jacobinos y girondinos, y el Rey no habia sido aun insultado por el populacho del 20 de junio. Referíase á una conversacion que habia tenido con Robespierre, y se espresaba así: «Sabed, le dije, que mi crédito con el pueblo no proviene de mis ideas, sino de mi audacia, del

entusiasmo impetuoso de mi alma, de mis gritos de rabia, de desesperacion y de furor contra los malvados que embarazan la accion de la revolucion. Conozco la cólera, la justa cólera del pueblo, y por eso me escucha y cree en mí. Esos gritos de alarma y de furor que creéis palabras arrojadas al viento, son la mas ingenua y la mas sincera espresion de las pasiones que devoran mi alma. Sí, si yo hubiese tenido en mi mano los brazos del pueblo despues del decreto contra la guarnicion de Nancy, hubiera diezmado los diputados que le dieron; despues de la instruccion sobre los acontecimientos del 5 y 6 de octubre hubiera hecho perecer en una hoguera á todos los jueces: despues del degüello en el Campo de Marte, si hubiese tenido dos mil hombres animados de los mismos sentimientos que sublevaban mi pecho, hubiera ido á la cabeza de ellos á dar de puñaladas á Lafayette, en medio de sus batallones de pillos, á quemar al Rey en su palacio, y á degollar á nuestros atroces representantes en sus mismas sillas...»

Este lenguaje que brotaba del corazon de un tigre, que causaba espanto al mismo Robespierre, y que revelaba una asquerosa mezcla de maldad y fanatismo, era el licor que enardecia la cabeza del pueblo, para quien solo es inteligible el lenguaje de la pasion. Marat emborrachó al pueblo, y de esta borrachera nació la república.

Todos los pueblos, sean cualesquiera sus condiciones de temperamento, son propensos al delirio. No hay clima que se resista al poder de una idea. Frenético y borracho estuvo el pueblo inglés en su revolucion del siglo xvii, como el francés en su revolucion del xviii, como puede estarlo el español en su revolucion del xix.

Hasta ahora la revolucion española no ha presentado en la superficie síntomas alarmantes; tiene todos los caracteres de un motin militar. Ha habido escesos, pero escesos accidentales que proceden mas bien de los gobernantes, cuya autoridad es nula, que de la revolucion social, que está todavía elaborándose. Sin embargo, comiéntanse á notar los síntomas del delirio, del cual solo podrá librarnos un milagro, piensen lo que quieran ciertos espíritus inocentes y optimistas.

El pueblo español no es revolucionario. Estamos de ello plenamente convencidos. Pero es pueblo, y como tal odia lo incoloro y lo desconocido; busca soluciones claras; se deja arrastrar por el lenguaje de la pasion; ve con facilidad traidores en todas partes, y en un momento dado se entrega al frenesí y degüella sin piedad á los mismos que ayer aclamó y coronó de flores. Sobre todo, no hay espectáculo mas hermoso para el pueblo que ver en manos del verdugo á los grandes y á los poderosos.

Pues bien: hay ya algo que responde á esta pasion del pueblo, algo que puede encender su frenesí, que puede emborracharle con la idea de la sangre. Ese *algo* es un pequeño periódico republicano que se vende por las calles. Titúlase *La Guillotina*, y sea cualquiera su importancia y su objeto, aunque no le guie sino el deseo de llamar la atencion, y por ende de lucrar, su influencia en el populacho puede ser tal, que llegue á enardecer los ánimos, y á constituir un grave peligro para la sociedad. El lenguaje de ese periódico es idntico al que usan siempre los que se llaman *centinelas avanzados de las revoluciones*. Empieza condenando en principio la pena de muerte; pero *salus populi, suprema lex!* Para plantear

la república y salvarla de sus enemigos, todo medio es lícito, hasta el crimen.

Oigamos:

«Supongamos que el pueblo español desea y pide la república, sentado el caso innegable, indiscutible, de que el pueblo es soberano y el único que puede y debe decretar la forma por que ha de regirse, y elegir el gobierno que ha de dirigirle y administrarle.

»Supongamos que se oponen á sus deseos dos ó tres docenas de hombres que han sido, son ó piensan ser ministros, generales ó embajadores.

»Supongamos que llegan á agotarse todos los elementos de conciliacion, y que, ofuscados por su ambicion desenfadada, insisten en no desalojar los puestos en que se han colmado de honores y riquezas á costa de la sangre del pueblo.

»Supongamos que la felicidad del pais, que su honra, que su vida peligran, y que no hay otra solucion que dejarlo perecer ó aplicar la guillotina á los vampiros que le chupan poco á poco, escepto los que lo hacen mas que de prisa, el jugo vital.

»¿Qué haríamos, pues?

»¡Ah! Seguros estamos de que no habrá un solo español, digno de este nombre, que no conteste: *¡Abajo los tiranos! ¡abajo los infames! ¡abajo los traidores! ¡abajo los hipócritas!* ¡RUEDEN SUS CABEZAS, si así lo exige la salvacion del pais, si así lo necesita el esplendor de su honra, si lo há menester, si es absolutamente indispensable para el establecimiento de la república!»

Pide que se constituya la Convencion en seguida; que se establezca inmediatamente un comité-tribunal de salvacion, y que se declare guerra á muerte á los verdugos de la patria, á los falsos liberales, á los traidores, á los asesinos que fusilan sin formacion de causa, y dice que seria muy provechoso para que triunfase la república, colgar á D. Juan Prim, á Olózaga, á Gonzalez Brabo, á Rivero, á algun que otro rollizo fraile, etc., etc. Trata luego de *neos* á la mayor parte de los hombres de la presente situacion, y añade que estos resabios *neos* solo puede curarlos la guillotina.

La prensa liberal ha tratado de mostrar indiferencia hácia este su nuevo colega, y *La Igualdad*, periódico republicano, condena el lenguaje terrorífico de *La Guillotina*. Pero, así y todo, no han podido disimular la inquietud que les causa este lenguaje, que al fin y á la postre no es sino el lenguaje propio de la Revolucion, y la consecuencia fatal de ese *derecho imprescriptible é ilegible* que se llama *libertad de imprenta*.

Que habíamos de llegar hasta el punto de pedir públicamente, en letras de molde, las cabezas de unos cuantos ciudadanos, y de proclamar el derecho del pueblo á concluir con todos los enemigos de la libertad ó de la Revolucion, es cosa que preveian todos los hombres sensatos y algo conocedores de la historia.

En épocas revolucionarias es cuando huelgan los malvados. La libertad, tal como hoy se entiende, no es sino el derecho concedido á la impiedad, al odio, á la venganza, á todas las malas pasiones, para que salgan á la superficie social y la cubran de cieno. Libertad del crimen vale tanto como esclavitud de la honradez y de la hombría de bien. No es, pues, de maravillar que se escriba en defensa del terror, y que de resultas tiemblen

de espanto las personas inofensivas, anhelosas de paz y de orden, y huya de España quien tenga algo que perder, y los intereses materiales, de suyo miedosos, se paralícen, y todo se bambolee como edificio minado por los cimientos.

La publicación de periódicos como *La Guillotina* podrá no parecer grave para esos angostos entendimientos que tienen por axioma un sí es no es homeopático el gran desatino de que los excesos de la imprenta se corrigen con la imprenta misma. Mas para los que siguen atentamente el curso de la Revolución, y avisados por la experiencia histórica conocen la lógica de los sucesos; para los que juzgan poco menos que imposible atajar ya esa corriente antes de que llegue á su término preciso, la publicación de *La Guillotina* es un síntoma alarmante que demuestra la existencia de cierto virus en las entrañas sociales, el cual virus busca salida por alguna parte... y encontrará la salida.

Si en tanto que esto sucede el partido carlista agota ó pierde sus fuerzas desparramándolas, y no las conserva para dar una batalla formal y decisiva á la Revolución, el estado del país irá empeorando, la necesidad de la guillotina se hará cada vez mas perentoria para las cabezas calenturientas, y llegará un día en que, entregados al mas espantoso desorden, medio ahogados entre sangre y cieno, pidamos á gritos un dictador cualquiera, que, encerrándonos á todos en un círculo de hierro, ya que no nos dé aquella paz que nace de la armonía de las instituciones y de los sentimientos, sujete, por lo menos, á los grandes malvados, y defienda á los hombres de bien en el ejercicio de la profesion que les proporciona el pan de cada día.

VALENTIN GOMEZ.

EL CLERO Y LA REVOLUCION.

I.

Hay algo que nos repugna tanto, si no mas, que el elogio, digno de ellos y de ella, que la prensa progresista prodiga á sus jefes por la pasión ignara y brutal con que persiguen á la Iglesia, y es la censura hipócrita que esos jefes y sus actos merecen de la prensa que se llama *conservadora*. Hay algo mas odioso aun que el sistema de calumnias organizado contra la Iglesia por la chusma revolucionaria que hoy todo lo puede, y es el plan artero con que sale á la defensa de la Iglesia el estado mayor de la revolución, que aspira á suplantar á la chusma imperante. Hay, en fin, una solución mas horrible y desastrosa todavía que la de los sicarios que piden y están consumando el despojo y el martirio de la Iglesia, y es la solución de los sectarios que quieren tambien consumir el despojo, pero que buscan la muerte de la Iglesia sustituyendo el martirio por la deshonra.

Es necesario y es apremiante abordar esta cuestión en las circunstancias que atravesamos. Nadie como nosotros siente los golpes que se asestan contra la Iglesia, y que se dirigen contra el clero; con viva ansia queremos unirnos á nuestros Pastores, maestros y guías, en el martirio que ya sufren y en el que les amenaza; pero por eso mismo preferimos el martirio para todos; el martirio que no

es la muerte, sino el triunfo; el martirio que engrandece los caracteres, lava los pecados, purifica las conciencias, convierte á los mismos verdugos, y atrae la misericordia divina, antes que la tolerancia falaz que adormece la conciencia, degrada el carácter, y trae la muerte por la indiferencia y la corrupción. Juliano apóstata encubierto, es mucho mas temible que Juliano perseguidor declarado.

Proponémosnos probar en este escrito:

1.º Que lo que hoy sucede entre nosotros respecto de la Iglesia, no es una cosa especial propia de esta situación, sino que, por el contrario, es, como la situación misma, una consecuencia natural é indeclinable de los principios proclamados y de la conducta seguida por todos los gobiernos desde 1833 acá.

2.º Que lo que sucede, sobre no presentar, ni aun en cuanto á lo duro de la persecución y á la violencia del despojo, nada nuevo, conviene mas á la Iglesia militante que lo que se la ha impuesto en épocas que se llamaban de calma, y en que se decía que todos los derechos eran respetados.

3.º Que, plenamente conscientes, todos los gobiernos, todos los hombres y todas las instituciones, desde el Trono abajo, no solo han traído la situación actual, sino que hoy y para mañana la aceptan tal cual es con doble responsabilidad, pues que aspiran á normalizar y legalizar sus excesos; de donde resulta que, entre todas las soluciones, esta es la mas dañosa y la mas dañina.

Veremos quién nos contradice, y cómo se nos contradice.

II.

Por de pronto, ¿cómo la situación ha de ser hoy diferente de la de los treinta y cinco años pasados, cuando las personas son unas mismas? Entre nosotros la historia de los partidos no es otra cosa que la historia de algunos cuantos hombres, y esos hombres han recorrido todos los partidos y han determinado todos sus actos al parecer contradictorios. Unas veces monárquicos hasta dejar atrás á todos los cortesanos *liberales* de Luis XIV ellos, que en muchas ocasiones han degradado el Trono, han concluido por derribarle y cubrirle de cieno; en muchas circunstancias religiosos hasta el punto de renovar las disposiciones del Santo Oficio, ellos, cuando se han creído en el caso de prescindir de la hipocresía, han llegado en la persecución declarada hasta emular á los tiranos mas desapiadados del paganismo.

Es ciertamente una cosa horrible y terrible lo que hoy sucede: espanta ver destruidos tantos templos, y tantos otros en ruina completa; escandaliza saber que se tiene al clero en la mayor miseria, mientras de todas las regiones oficiales, desde las porterías de los ministerios hasta las redacciones de los periódicos, y hasta de los cuerpos de guardia de los voluntarios, sale un torbellino de calumnias contra esa clase, la mas digna del Estado; horroriza, por último, la estadística, que todos los días crece, de los párrocos y curas que llenan las cárceles, ya atestadas de personas honradas y decentes. Mas ¿qué hay en todo esto que sea nuevo en España?

Por muchos que sean los templos destruidos ahora, no llegará su número al de los que se destruyeron en los primeros años de la revolución; y con las piedras que se

sacaran de los escombros de los templos arruinados en ese período de tiempo, podrian repararse los que hoy se están arruinando, y aun levantarse los que se han destruido. Sin duda es grande el escándalo de que mientras se mata de hambre—y esta locucion vulgar es la única propia—al clero, y se le abruma con injurias y calumnias, no hemos oido, sin embargo, ni una injuria ni una calumnia que tuvieran novedad, y todavía no se ha llegado á decir que el clero envenenaba á los pueblos, como en 1835; y si ahora hace ya siete meses que el clero no recibe nada de lo que le es debido, no se debe olvidar que los siete meses de ahora fueron antes siete años, con la circunstancia agravante de que entonces se le acababa de robar sus bienes. Las cárceles están llenas de sacerdotes, y diariamente se deja á los feligreses espuestos á los ataques de todos los ladrones y asesinos, libres y respetados, sin los pastores y los maestros que les consolaban y les socorrian, y que ocupan en las cárceles los calabozos de los ladrones y asesinos; pero ¿quién ha olvidado que en diversas épocas, y en la misma capital de la monarquía, se ha degollado bárbaramente á Prelados, sacerdotes y religiosos, alabándose de la *hazaña* los mismos partidos que se llamaban *conservadores*?

Y no podia suceder otra cosa, y lo que sucede está en la lógica de los hechos. Los hombres ya hemos visto, y sus nombres lo dicen, que son los mismos, y los principios no han cambiado ni se han modificado en lo mas mínimo. Por la soberanía nacional, por el principio del libre exámen, que se proclamaron y se entronizaron en España en 1833, se despojó á la Iglesia, y se asesinó al clero, y se autorizó contra él la calumnia de la prensa: hoy los mismos principios imperan y los mismos hechos criminales se autorizan con ellos.

No exageremos, por tanto, las cosas. Nada nuevo hay en lo que hoy sucede, y ¡ojalá, ojalá, lo decimos con toda conviccion y con la intensidad de nuestro amor á la Iglesia y al clero; ojalá los escesos hubieran seguido entonces, sin que se hubiera buscado para ellos la sancion de un arrepentimiento falaz y tardío que impidió toda reparacion, autorizando, al contrario, para en adelante análogos escesos é idénticos crímenes!

Continuaremos.

A. J. DE VILDÓSOLA.

EL MANIFIESTO DE D. CARLOS DE BORBON Y LA POLÍTICA EUROPEA.

I.

Destino providencial de España es que en su suelo se decidan todas las grandes contiendas que han puesto en duro trance la suerte de Europa y del mundo. Aquí, en remotísimos tiempos, tras de una lucha de siglos, libró Roma la última batalla que aseguró en sus sienas la corona de todo el mundo entonces conocido. Sin aquella victoria, tan espléndida corona hubiera caido á sus pies rota, empezando por España la guerra de independencia que librara á los pueblos conquistados del yugo de la metrópoli. Aquí Cartago para siempre fue vencida; aquí la república dejó paso franco al César, y se postró

ante sus legiones. Mas tarde, cuando un nuevo pueblo salido de las abrasadas arenas del desierto, invencible porque le alentaba una idea nueva y guiaba sus pasos el fanatismo, que á tanto empuja; cuando este pueblo pisó tierra española y la hizo suya, en un apartadísimo y olvidado rincon de Asturias se decidió por un puñado de hombres de la suerte de Europa. Dios puso fuerza en su brazo y en su corazon aliento... y Europa siguió siendo cristiana. Pasaron siglos y siglos; la lucha seguia siempre, si á trechos suspendida, muy luego mas empeñada; Europa tenia en España puestos los ojos, y cuando un dia un Rey de Castilla apellidó su gente en las Navas, de todas las partes de la tierra vinieron soldados á defender la causa del mundo, y el Padre que se sienta en la Silla de San Pedro á todos bendecia y á todos dispensaba, en nombre de Dios, favores del cielo, porque iban á pelear por la causa de la fe, que era y ha sido siempre la causa de la civilizacion y de la libertad. Largos trastornos y vicisitudes durísimas pasaron aun; al fin los rayos del sol alumbraron el pendon de la Cruz que lucia sobre las torres de Granada, y en lo mas alto de la capitana turca, allá en apartados mares. Dos laureles mas ceñian las sienas de España; dos veces mas España habia salvado á Europa y al mundo.

La barbarie habia amenazado á Europa en el siglo viii; la barbarie volvió á amenazarla en el siglo xvi. Europa en los siglos medios era libre porque era cristiana; todos, Reyes y pueblos, poderosos y humildes, señores y vasallos, sabios é ignorantes, adoraban á un mismo Dios y se postraban ante un mismo altar. Formaban todos sus pueblos una sola familia, que guardaba dentro de sí un gran pensamiento; su Padre y Jefe vivia en Roma; él levantaba su voz para reducir á obediencia á los que, rebeldes, hollaban los fueros de la autoridad y de la justicia; él recordaba á los Reyes que sobre ellos hay otro Rey cuyo reino no tiene fin, y cuya corona es mas que el sol luciente; y en nombre de ese Rey les despojaba de la autoridad despóticamente ejercida, y los pueblos se apartaban de ellos sin ser perjuros. ¡Grandes destinos los de Europa! Desgraciadamente los torció el protestantismo, oponiendo á la certeza la duda, á la fe la razon, á la unidad que vivifica la division que mata. Él rompió los lazos de aquella gran familia, armó hermanos contra hermanos, Reyes contra Reyes, y pueblos contra pueblos. Nada quedó en pie sino la fuerza; Europa iba á caer de nuevo en la mas espantosa barbarie, cuando Dios tocó en el corazon de España, la nacion de los grandes destinos, llamándola á su mas gloriosa empresa. Felipe II dominó la tierra, y la causa del catolicismo y de la civilizacion de nuevo se salvó en Europa.

Ayer, aun hay quien lo recuerde, el cesarismo, único fruto que el liberalismo puede dar de sí, quiso dominarle. Una sola nacion supo vencerle: España. ¡Sol funesto fue para el Capitan del siglo el que alumbró los campos de Bailen!

¿Quién se atreverá á negar que España guarda en su seno los destinos de Europa? ¡Ay de Europa si España perece!

II.

Quien con atenta mirada estudie la historia de los varios y ruidosos sucesos ocurridos en Europa durante

este siglo, habrá de convencerse de que está á punto de trabarse una reñidísima y decisiva batalla entre los dos principios que se disputan los destinos del mundo: el catolicismo y el racionalismo. Acabaron los tiempos en que vanas apariencias servían para encubrir los mas infames fines; concluyó tambien la época en que el protestantismo intentó ganar terreno, *heredando* á la Iglesia católica, transigiendo con la fe y con la razon, anatematizando la autoridad del Sumo Pontífice, á la vez que por boca de Lutero y Calvino queria poner una infalibilidad delante de otra infalibilidad, un púlpito delante de otro púlpito, un dogma delante de otro dogma. El protestantismo, que en sí nada afirma, que es una pura negacion, há ya mucho que está muerto. Los que nacidos en él han pensado y han querido buscar satisfaccion á su razon y á su fe, han abrazado el catolicismo; los que, sobrado débiles de corazon y míopes de entendimiento no han sabido salir de las tinieblas de su conciencia, siguen su camino de negacion sin pararse en vanos obstáculos, y lo niegan todo. Pasaron los tiempos de las vacilaciones y de las transigencias; ya no es posible pararse en medio del camino é intentar servir á Dios y al diablo. ¿Quién será osado á detener la corriente? El que tal hiciera, bien pronto sería arrastrado. *Todo*, dicen los unos; *nada*, dicen los otros.

Este es un bien; no hay que negarlo. De desear fuera que todos respondiésemos á una sola voz; que todos nos abrazásemos como hermanos; mas ya que por desgracia no es así, alegrémonos de que la lucha sea franca y frente á frente. ¿Quién escapará al puñal del traidor que con cara amiga le hiere por la espalda?

El protestantismo que dió de sí una razon que no es razon y una fe que no es fe, proclamó una autoridad que no es autoridad, una libertad que no es libertad, y un derecho que no es derecho. Siguiendo su triste destino de empequeñecer todo lo grande y falsear todo lo verdadero, trocó la autoridad en fuerza y la libertad en escándalo; á los gobiernos los hizo déspotas y á los pueblos los convirtió en turbas. Esta es la historia del liberalismo, último y monstruoso engendro de la razon soberana, conjunto de todos los errores, herejías y absurdos en que el hombre, fiado en sus solas fuerzas, ha podido caer; especie de Proteo que toma todas las formas y apariencias para herir á la verdad católica.

Su obra maestra fue la revolucion francesa. Su historia es bien breve; está escrita en dos palabras. SANGRE y CIENO.

El liberalismo tiene tambien su escoria; es decir, tiene dentro de sí algo que es peor que él: esta escoria es el doctrinarismo. Escuela hipócrita y artera, propia solo de aquellos espíritus demasiado débiles para arrostrar todas las consecuencias de un principio aceptado, ó demasiado cobardes para herir cara á cara, el doctrinarismo va poco á poco minando los cimientos de una sociedad, despues de adormecerla con sus astutas complacencias, hasta arrojlarla muerta ya, y podrida, en brazos de la revolucion triunfante. El doctrinarismo es el arma terrible de que se ha valido el liberalismo para dominar allí donde, á haberse presentado de frente, le hubieran cerrado las puertas. El doctrinarismo, esa especie de escuela que quiere unir el *ayer* y el *hoy*, el error y la verdad, á Dios y á Belial; esa escuela que hoy se echa, al parecer,

en brazos del catolicismo, y mañana canta el himno del triunfo en el festin de la demagogia, ha sido el ayuda mas poderoso del liberalismo, lo que le ha dado el dominio de Europa, lo que le ha enseñoreado de nuestra pobre España.

Pero el doctrinarismo, como el protestantismo, están de baja. El doctrinarismo, con su reata de gobiernos de comedia, con sus monarquías constitucionales y democráticas, con sus equilibrios y *distingos*, está ya muerto. La generacion de ayer, que no aprende nunca, llena de preocupaciones y flaquezas, aun lo defiende. La generacion de hoy lo mira con desprecio y lo arrincona con las mohosas armas de D. Quijote. No hay sino dos caminos: ó la autoridad de Dios, ó el despotismo de la razon; los católicos ya saben cuál es su puesto. Los racionalistas saludan á la diosa república.

Siguen trabajosamente su senda de espinas los Reyes que reinan y no gobiernan; en su afan de sostenerse en un trono *de perspectiva*, van limando poco á poco el oro de su corona; nada adelantan. Cuanto mas *serviciales*, mas despreciados; al fin un dia... se los despide como á un criado, y pasa por cima de su Trono la ola de la república.

Frente á frente están el catolicismo y el racionalismo, el liberalismo y la libertad. Los partidos medios van desapareciendo; se echan á un lado. Es natural. ¿De qué sirven los soldados débiles y cobardes? De estorbo. Conviene limpiar el campo de espantajos que impidan la vista para pelear mejor.

Todo parece anunciar que en Europa dentro de muy poco se va á trabar una empeñadísima batalla.

A esta sazón han ocurrido dos grandes sucesos: el uno en Roma, el otro en España: en Roma el anuncio de un próximo Concilio ecuménico; en España el Manifiesto que D. Carlos de Borbon dirige á los españoles y á Europa toda.

III.

¡Espectáculo verdaderamente sublime! ¡El sucesor de San Pedro levantando su voz en medio del racionalismo y presentando al catolicismo con toda su eterna grandeza, y un Rey, hijo y nieto de Reyes, dando lecciones de política cristiana á los pueblos desvanecidos y á los Reyes degradados! ¡Tan grandes hechos no pueden menos de anunciar grandes cosas!

En otro tiempo, el Concilio de Trento condenó la herejía de Lutero y humilló á los secuaces de la protesta. Un Rey español se postró ante él, y puso sus decretos sobre su corona. Aquel Rey fue muy grande, y mereció que Dios hiciera de él el brazo derecho de la Iglesia y el sosten de la civilizacion europea.

En nuestros dias, un Santo Pontífice, solo, desamparado de todos, sin mas fuerza que la fuerza de la verdad, ha condenado desde la cátedra de San Pedro los errores del liberalismo, y ha proclamado la verdadera libertad. Un Rey, tambien español, ha besado sus pies cuando todos le escarnecian; ha colocado el *Syllabus* sobre su cabeza, y ha dicho al mundo: «Yo quiero ser Rey cristiano; yo, que no consentiré en mis reinos mas Rey que yo, quiero que en mí y en mi pueblo reine el Dios de cielos y tierra.» Y sin duda que este será un gran Rey, y que tambien él ha de ser la ayuda mas poderosa de la

Iglesia en la grande obra que va á emprender bajo el Pontificado del Santo Pio IX.

Y véase con cuánta razon decíamos antes que España es la nacion de los grandes destinos, y que en su suelo se han de decidir todas las mas graves cuestiones europeas.

Un Rey que quiere proteger á la Iglesia, sin cobrarse con creces de su proteccion recelosa en privilegios, honores y regalías; un Rey que habla de proteger á la Iglesia para cumplir con un deber, y que al mismo tiempo reconoce á la faz del mundo su libertad y su escelencia; un Rey que sin descender de su Trono da la mano á su pueblo y le llama *su hermano*, y le da libertades, ¡qué grandeza de Rey!

Un Rey que dice á los reyezuelos de Europa, que se humillan ante sus ministros y se crecen ante la Iglesia: «¡Aprended á ser Reyes y cristianos!» Un Rey que dice á los pueblos convertidos en turbas: «¡Aprended á ser libres!» ¡Espectáculo verdaderamente admirable!

Tales son las reflexiones que nos ha sugerido el Manifiesto de D. Carlos de Borbon y de Este. Las fronteras de España son muy estrechas para que se haya detenido en ellas; las ha atravesado, ha cruzado el mundo, y en todas partes ha hecho brillar la luz de la esperanza en dias mejores. No hay duda: si D. Carlos, para dicha de nuestra patria, sube al Trono de sus mayores, esta será la señal de una restauracion católica y política en toda Europa, que se encamine á buscar de nuevo los perdidos caminos de aquella civilizacion cuyo curso torció la protesta. Dura, pero elocuente, es la leccion que la experiencia ha dado á los Reyes que, engañados por el liberalismo, persiguieron y despreciaron á la Iglesia, viendo en ella un constante y temible enemigo de su autoridad, sin advertir que al socavar la autoridad de la Iglesia, socavaban la suya propia, y que algun dia los pueblos, sin freno ni guia, harian con ellos lo que ellos hacian con la Iglesia. Los Reyes van ya conociendo que con abdicar su autoridad no la salvan, sino que la pierden, y que el liberalismo nunca se detiene, sino que les grita siempre *¡adelante!* De nada sirve darle una á una las perlas de la Corona; mañana pedirá la Corona misma; mas tarde... la cabeza.

La voz de la Iglesia se oirá muy pronto. Entonces se condenará lo que sea condenable, y no podrá haber oídos que se finjan sordos, porque aquella voz correrá todos los ámbitos de la tierra y penetrará hasta en los abismos. De nada servirá no querer ver cuando la luz alumbre; el que siga en tinieblas, será alejado; pero su ceguera no le escusará nunca.

Los Reyes y los pueblos oirán la verdad, y la escucharán, porque Reyes y pueblos han sufrido ya mucho. Todo parece indicar que esta saludable crisis se acerca, y que los ánimos mas altos se inclinan á ella. Inglaterra, esa poderosa nacion que se alza en medio de los mares, en otro tiempo baluarte inespugnable de la Protesta, va abriendo los ojos á la luz. Una aparente grandeza encubre grandes miserias y peligros; é Inglaterra, que no ve para unas y otros remedio sino en la Iglesia católica, de que renegó, va volviendo á ella á pasos apresurados. Aun hay quien dice si no está lejos de tener su Constantino que la dé el beso de paz y de alianza. En cuanto al protestantismo... allí ya corrompe.

La misma Alemania, su cuna, reniega de él. El Rey

de Prusia, ese gigante que se alza en medio de la asombrada Europa, se ha sentido débil; ha querido hallar un apoyo, él, el de los grandes ejércitos, y le ha buscado en el sucesor de San Pedro; en aquel venerable anciano sin soldados ni fortalezas, que está sereno cuando todos los Reyes tiemblan. El catolicismo avanza en su reino de dia en dia; las comunidades religiosas se multiplican, y acaso no está lejano el dia en que quiera levantar con su poderoso brazo la gloriosa bandera protectora de la Silla de San Pedro, que el infeliz Emperador de Austria ha dejado caer para su castigo.

Y mientras, el liberalísimo Víctor Manuel vacila; y Napoleon, queriendo saciar el hambre del monstruo con algunos pedazos de pan, se precipita; y el Austria liberalizada se hunde; y la república, con su terrible lógica, llama á las puertas de esos reyezuelos del *demi-monde*.

¡Ah! Si D. Carlos de Borbon sube al Trono de España, él será el iniciador de ese gran movimiento de regeneracion y ventura. ¡Cuánto influiría en la política europea y en la suerte temporal del catolicismo, tener á Francia, la cuna de todas las revoluciones, encerrada entre España, primera nacion católica, y Prusia del todo catolizada!

Si D. Carlos sube al Trono y lo logra, ¡qué gloria para él! ¡Qué gloria para España!

Si, para nuestro castigo, hubiéramos de seguir sufriendo, la historia, severa, le hará justicia, y dirá: *Verdaderamente fue un hombre noble y magnánimo, y tuvo un gran pensamiento.*

FERNANDO BRIEVA SALVATIERRA.

ESTUDIOS ECONOMICO-SOCIALES,

POR EL P. D.

La economía política y el catolicismo.

DEL TRABAJO (1).

VI.

Agricultura é industria.

¡Decadencia de la agricultura, fiebre de industrialismo! Tal es el grito general de nuestra época; pocos brazos en los campos, plétora en los talleres; desercion de los campos, aglomeracion en las grandes ciudades: hecho desastroso y horrible cuyo desarrollo espanta á los hombres graves... No se trata de condenar la industria, porque tambien la industria es necesaria, tambien proporciona al hombre medios para cumplir su destino social, de pagar su deuda á Dios y á la humanidad, de ser justo, caritativo y útil. Trátase de buscar una fuerza capaz de equilibrar el trabajo agrícola y el trabajo industrial, tal como lo exigen las necesidades generales del cuerpo social. Esta fuerza preponderante tiene que ser moral. ¿Puede imaginarse un gobierno moderno, un gobierno fundado en el respeto de la libertad individual, haciendo el censo de las poblaciones obreras y mandando entre una pareja de guardias civiles á todo aquel que apareciera escedente; es decir, un gobierno que renovase con efecto retroactivo los procedimientos de las an-

(1) Véase nuestro número anterior, pág. 223.

tiguas corporaciones, que de antemano limitaban el número de los obreros de cada profesion? Yo creo que está ya definitivamente admitido que cada cual, de su cuenta y riesgo, puede elegir la profesion que guste. Pero cuanto mas completa es la libertad exterior, mas evidente es la necesidad de la prudencia y del consejo. En tésis general, al hijo le conviene seguir la profesion del padre. El aprendizaje doméstico es el mas racional, el mas dulce y el mas moral. La preferencia por otra carrera debe ser una escepcion motivada, ya en aptitudes particulares, ya en la perspectiva probable de una situacion mejor, ya en el noble deseo de hacer mas bien dedicándose al trabajo intelectual en una carrera de las llamadas *liberales*. Esta herencia habitual del oficio, libre de los lazos de una obligacion tiránica, fundada, no en la ley, sino en las costumbres, seria grandemente provechosa para los individuos, para las familias y para la sociedad. Todavía esta costumbre honra á muchas casas agrícolas y á algunas comerciales é industriales que pasan de padres á hijos; es una especie de nobleza cuyo valor aprecian los mismos labradores y negociantes para pedir con reiteradas instancias la libertad de testar, sin la cual es imposible semejante perpetuidad. Un sistema legislativo que, lejos de favorecer á la familia, á este incomparable elemento de estabilidad, de orden, de moralidad, y por consiguiente de trabajo, de ahorro y de riqueza, tiende á pulverizarla, no puede menos de ser sumamente defectuoso.

Sufrámosle en hora buena; pero mientras llega una reforma en este sentido, tan apetecida como tarda en llegar, sepamos, por medio de consejos ilustrados y afectuosos, evitar que los trabajadores, y principalmente los jóvenes, hagan elecciones imprudentes para sí mismos y perjudiciales para el cuerpo social.

Este fatal movimiento que, segun los cálculos del señor Legoy, ha arrancado en Francia á los campos una *duodécima parte de la poblacion* en diez años, de 1836 á 1846, para arrojarla á los centros industriales, tiene causas múltiples sin duda; pero las principales y las mas tristes pertenecen al orden moral. En esto, como siempre, el mal ejemplo ha partido de arriba. Dos siglos há que los grandes señores, paganizados, si no por la adoracion esterna de los ídolos, al menos por las costumbres, comenzaron á notar que era monotonía la vida, llena de dignidad, pero seria, del propietario en sus dominios, y fueron á buscar en la corte, ó al menos en la ciudad, los placeres de la antigua opulencia. Ya en tiempo de Luis XIV el solar de los abuelos era considerado como un lugar de destierro. Los Obispos de corte eran desterrados... á su diócesis! Si la revolucion francesa, verdadero castigo de Dios para estos propietarios infieles á su deber, no hubiese venido, aun con sus injusticias, á servir la justicia de Dios, segun la bella frase de la señora Swetchine, la agricultura francesa hubiese perecido, no precisamente por falta de brazos, sino de inteligente y esmerada solicitud. De este modo la agricultura y el catolicismo sufrían y decaían á un mismo tiempo. Infieles á su vocacion, los monges laboriosos, los hijos de San Benito, hoy purificados en el crisol de la adversidad, habian dejado de ser los iniciadores del progreso agrícola. Desde 1789 la propiedad territorial ha recibido nuevas modificaciones: el terreno, por lo comun, está dividido

en una muchedumbre de pequeños propietarios, cuyo número aumenta incesantemente. Conviene poner límites á esta division del suelo que va tomando temibles proporciones; sin embargo, no hay que pensar en la reconstitucion de la gran propiedad, como desean algunos economistas. Segun estos teóricos, cuanto mas considerable es la explotacion, mas baja el precio del trigo y demas productos agrícolas. Por consiguiente, ¡guerra á la pequeña propiedad! Sea, si en el trabajo agrícola no ha de haber mas fin que producir barato, lo cual no es tan seguro como algunos creen. Enseña la experiencia que la máquina humana, el brazo, funciona mucho mejor en la pequeña propiedad que en la grande, necesariamente entregada á un trabajo mercenario. Un aldeano posee algunas hectáreas de terreno, ó tiene en arriendo un campo ó un prado: vereis cómo hace brotar del suelo dos ó tres veces mas fruto que si hubiese trabajado en el terreno como simple jornalero. Gana en moralidad y en salud, por lo tanto: emplea mas útilmente el dinero que saca de las ventas; á su familia no le falta nunca lo necesario, y es frecuente ver á nuestro hombre redondearse comprando un campo, á fuerza de sudores, para legarlo á sus hijos. No se hable, pues, á los economistas cristianos de las ventajas de la gran propiedad.

«La pequeña propiedad, dice el Sr. Pradié, es un elemento de conservacion ó de ruina de un poder inmenso. El aldeano es el dios-límite del orden social. Con la subdivision de la propiedad, el socialismo es imposible. La salvacion está en la subdivision. Esta subdivision suple, y con ventaja, á la fuerza de las antiguas aristocracias. El aldeano, libre entre sus terrones, es un Rey (1): tan altivo como los Reyes, y tan inaccesible al soplo de las revoluciones. Preguntad al campesino si gusta de las revoluciones que le arruinan.

«La gran propiedad es la muerte del campesino, porque le reduce al estado de servidumbre y de domesticidad. De propietario independiente, con su dignidad de hombre libre, se convierte en servidor mercenario del gran propietario, ó en su colono.

«La gran propiedad es el acaparamiento de las tierras hecho por los comerciantes y los industriales ricos.

«La gran propiedad es el despojo del campesino en provecho de la aristocracia del capital, que explota sus tierras desde el palacio de la Bolsa.

«El acaparamiento de las tierras en provecho de algunos pocos, ricos banqueros ó industriales, seria, pues, una verdadera calamidad nacional (2).»

El decaimiento del espíritu cristiano despobló en otro tiempo los castillos; el mal era grande: el decaimiento del espíritu cristiano despuebla hoy las granjas rústicas y las aldeas; el mal es mucho mayor. Nadie ignora lo que la juventud de los campos va á buscar á las ciudades: el lujo, los afeites, los cafés, los bailes, los placeres brillantes y corruptores, un trabajo mas fácil, aunque sea á costa de la libertad y de la salud, satisfacciones del amor propio y del sensualismo, una existencia loca que consume los mas grandes salarios con espantosa rapidez. Conocedor de los bienes sólidos y duraderos que proporciona la vida de los campos, el clero de las aldeas hace

(1) *El pequeño cultivo*, dice el Sr. Keller, es el sagrado vivero de hombres independientes. (La Enciclica, cap. xvi.)

(2) *Mundo nuevo*, cap. ix.

esfuerzos inauditos por retener allí á sus feligreses; pero en lo general sus esfuerzos son vanos é impotentes, y esta impotencia tiene varias causas. La principal es sin duda la falta de religion: el que no escucha al sacerdote cuando en nombre de Dios exhorta al cumplimiento de los deberes religiosos, menos le escuchará cuando, en nombre de los intereses temporales bien entendidos, aboga por la vida de los campos. ¿No es una de las mas generales preocupaciones de nuestro tiempo, aun en los pueblecillos, la de que el sacerdote debe encerrarse en la sacristía y no salir de allí jamás? Sucede tambien que desgraciadamente algunos sacerdotes no conocen bastante ó no presentan clara y enérgicamente los argumentos que militan en favor de la vida agrícola, y en esto deben poner especial cuidado. La estadística da mucha luz en este asunto. Generalmente el obrero de los campos solo conoce la cantidad de los salarios que escitan su envidia, y es muy importante darle á conocer el número de los gastos y de los dias de huelga y de hospital.

Hay que demostrarle cómo las ganancias mas lentas son las mas seguras; y que el empleo de los brazos, como el de los capitales, no rinde á algunos enormes beneficios sino á costa de la ruina de muchos émulos desgraciados. Hay que explicarle bien cómo en una multitud de trabajos industriales el hombre se convierte en esclavo perpetuo de una máquina, á la cual hay que servir sin tregua ni descanso. Es preciso tambien mostrarle cómo es mas fácil en la aldea la vida de familia, mas frecuente la fidelidad conyugal, mas segura la inocencia de los hijos, mas fácilmente ocupada la vejez, y de consiguiente menos incómoda y mas honrada.

Cierto que otras influencias, á mas de la Religion y del sacerdote, pueden concurrir á este resultado. El maestro de escuela puede hacer mucho en este sentido, si cumple con su deber. ¿Pero le comprenderá siempre? Y comprendiéndole, ¿lo hará entender á los demas con persuasiva elocuencia? La educacion que él mismo ha recibido, ¿no participa mas ó menos del carácter urbano? Los ascensos que tiene derecho de ambicionar, ¿no le impelen hácia la ciudad? No es ordinario que posea lo que presta encanto á la vida rústica; á saber: la propiedad de un campo. Por lo comun tiene por esposa á una *señorita* que lleva con disgusto la vida de la aldea.

Las mismas observaciones pueden hacerse respecto de la maestra.

Hijo de la aldea casi siempre, el cura tiene casi siempre tambien la perspectiva de vivir y morir allí. Educado mas amplia, completa y seriamente que el maestro; moralista mucho mas profundo, HOMBRE DE DIOS, el sacerdote, allí donde la calumnia anticristiana no ha sembrado la desconfianza contra él, puede mas eficazmente comentar el *Fortunatos nimium sua si bona movient agricolas!* y empleando simultáneamente razones de orden religioso y motivos de orden temporal, retener en los campos una parte de los imprudentes que los abandonan.

Y no solamente hay que retener en los campos á los pobres y á los pequeños propietarios, sino tambien á los propietarios ricos, y á los nobles castellanos, cuya abnegacion por el bien comun de las clases agrícolas puede producir útiles y maravillosos resultados. Pero, ¿cómo persuadirlos á ello? ¿Cómo hacerles preferir voluntariamente una vida sencilla, laboriosa y monotonía en apa-

riencia, á la vida de brillantes placeres que ofrece la ciudad? Puro asunto de religion. La piedad hace encantadora la vida de los campos: inspira el desprecio de los bailes, de los espectáculos y del fausto de las grandes ciudades. Hace buscar la dicha en la práctica del bien, mas fácil y mas consolador de ordinario en el campo que en la ciudad. Da ánimo para sufrir sin debilidad las oposiciones estúpidas y obstinadas con que el gran propietario suele tropezar entre gentes atrasadas ó corrompidas.

La Religion es la solucion universal.

Quitad á los campesinos la poca fe que les queda todavía, y no habrá esfuerzo humano que pueda preservarles de la fascinacion de los grandes centros industriales, donde irán por fin á caer, á corromperse y á morir. Reanimad la fe, y esas gentes, mas serenas, mas accesibles á los consejos de la razon y mas hostiles á los de la codicia, no invadirán las ciudades, y solo mandarán allá á la poblacion rústica escedente, necesaria para la poblacion urbana como el aceite para la lámpara, si no ha de apagarse.

La economía moderna se estasia ante la belleza y la multitud de los productos industriales, y no advierte el peligro que crea el desarrollo exagerado de esos productos. ¡Qué ceguedad!

Hable aquí un observador, cuya obra ganaria mucho con algunas correcciones y con la supresion de una malhadada defensa de esas ilusiones galicanas que, gracias á Dios, el clero francés ha rechazado ya, pero cuyas doctrinas económicas son por lo general escelentes:

«La industria ha creado entre nosotros un nuevo género de fortunas, que casi compiten ya con los bienes territoriales. ¡Mal haya la civilizacion si aquellas llegan á preponderar sobre estos! Sus efectos inmediatos serian la perturbacion en el orden de la naturaleza, y el trastorno en el orden social, porque ambos órdenes exigen imperiosamente que las fortunas industriales estén siempre subordinadas á la propiedad territorial. Los productos de la agricultura preceden á los de la industria, y pueden pasar sin estos hasta cierto punto, ó no han menester mas que de esa industria natural que los hace aptos para el uso. Si la propiedad industrial viniese, pues, contra el orden de la naturaleza, á dominar la propiedad territorial, á usurpar el primer puesto en la opinion, y por medio de esta en el poder legislativo, ¿qué sucederia? Que haria pesar sobre su hermana mayor, ó mejor dicho sobre su madre, las cargas del Estado; la industria arrebataria á la agricultura la inamovilidad que le es propia, y que las leyes le garantizan, sin perjudicar al derecho natural que el hombre tiene de disponer libremente de sus bienes; y por otra parte, la arrojaría bien pronto al torrente de la circulacion, y comunicando á todo su incesante movilidad, haria imposible el orden social, cuya primera condicion es el orden natural.

»Si de la sociedad se pasa al individuo, espanta pensar en la influencia desmoralizadora que ejercería sobre él la propiedad industrial si alcanzase esta terrible preponderancia. Imagínese al hombre libre absolutamente de toda traba para usar de lo que posee, pudiendo disponer de ello á cualquier hora y segun su capricho, sin que las leyes le impongan ninguna de esas saludables dilaciones que dan á la pasion tiempo para calmarse, y á la razon

el de recobrar su imperio...: ¿no le habia de enloquecer esta terrible facilidad de abusar de sus bienes? Sin embargo, encómiase hoy grandemente la facilidad que da la propiedad industrial de poder llevar toda la fortuna en el bolsillo.

»Cincuenta años hace que se nos está gritando que un campo no es mas que un capital, es decir, oro. ¡Un campo no es mas que oro! Ciertamente, si solo se atiende á su valor. Pero veamos el uso. El oro, si no se le cambia por alguna propiedad, no es nada, ó solo es un instrumento puesto al servicio de las pasiones. El campo, por el contrario, contribuye por todos los modos á amortiguarlas, á desarrollar las buenas cualidades, ya lo cultive uno mismo, ya dirija únicamente su cultivo. Dejando aparte ese perfume de virtud que se respira en medio de los trabajos agrícolas, para que no se diga que apelamos á los lugares comunes, por mas que estos no destruyan la realidad de las cosas, ¿quién no conoce que el aspecto de una campiña, fecunda á fuerza de sudor, y cuyo mejoramiento se sigue paso á paso, enseña á no prodigar locamente lo que tantas penas y tanto tiempo cuesta? Además que los productos del campo no se prestan cómodamente sino á satisfacer las necesidades naturales de la vida (1).»

No es solo un simple instinto lo que mueve al cristiano á favorecer, recomendar y practicar la agricultura: es una legítima desconfianza de toda organizacion social facticia, obra del hombre mas que de Dios, obra, por consiguiente, flaca y peligrosa. Las constituciones de fantasía, fabricadas al minuto por algun pensador, le agradan muy poco: sigue convencido de que el orden mas útil es el orden que cumple mejor las intenciones divinas. *Non oderis rusticationem creatam ab Altissimo* (2). Juzga que el cultivo de la tierra es el primero de los trabajos materiales, el mas importante, el mas fecundo y el mas moralizador. ¿Se engañará tal vez? No puede negarse que muchos ramos de la industria solo sirven para satisfacer falsas necesidades engendradas por las pasiones. A los ojos del cristiano, el trabajo destinado á la satisfaccion de falsas necesidades es fatal, directamente por sus peligrosos productos, é indirectamente por el malgasto de las fuerzas que aquel absorbe. El cristiano considera con espanto el provecho que la impiedad, el fraude, el sensualismo y la política ambiciosa é insensata sacan de las grandes aglomeraciones obreras, y grita al hijo del labrador: «Si puedes permanecer en los campos, no abandones el suelo natal. ¿Qué hallarás en vez de esos bienes positivos que quieres dejar? Peligro para tu alma, peligro para tu cuerpo, peligro para todo tu ser.»

Sin embargo la industria, mirada hasta cierto punto con algun recelo por el catolicismo, no puede ser considerada por los católicos como mala en sí. Un hombre cuyo nombre goza de la mas justa autoridad, el señor D. Adolfo Baudon, presidente general de la Sociedad de San Vicente de Paul en Paris, ha publicado, sobre *la actitud que los católicos deben adoptar respecto de la industria*, reflexiones que vamos á resumir aquí brevemente.

La industria, dice, no es solamente uno de los medios

(1) El abate Senac: *Cristianismo y civilizacion*, tit. I, lib. I, capítulo VIII.

(2) *Ecccl.*, VII, 16.

de satisfacer las necesidades materiales del hombre; es un poder verdadero con el cual deben contar las naciones, y que tiende cada dia mas á generalizar su influencia. Así como en la antigüedad estaba localizada y se llamaba Tiro, ó Cartago, y en la Edad Media Pisa, Génova, Venecia, ó Liga anseática, en nuestros dias puede decirse que se llama *todo el mundo civilizado*.

Los pueblos industriales han sido, si no los mas dichosos, al menos los mas influyentes.

El desarrollo industrial data indudablemente del descubrimiento del empleo de la mecánica, y desgraciadamente para este desarrollo ha coincidido con la gran conmocion de las ideas volterianas. De aquí que los hombres religiosos sientan esa repulsion instintiva contra la industria. La industria pasó á manos de hombres salidos en su mayor parte de las clases inferiores de la sociedad, estraños ú hostiles á las ideas religiosas. Por esta causa la industria es en Francia una fuerza, por decirlo así, hostil á las ideas religiosas. En Inglaterra y los Estados Unidos, á pesar de numerosos abusos, no ha sucedido lo mismo, porque el movimiento industrial no ha coincidido con una crisis religiosa. De aquí, finalmente, la absorcion de las fuerzas vivas del comercio por el elemento protestante, judío é indiferente, por no decir impío, mientras el elemento católico se retiraba á un lado y permanecía en el olvido.

La Iglesia no ordena esta abstencion. Por el contrario, en vez de maldecir del movimiento industrial, le ha bendecido para purificarlo y dirigirlo hácia el cielo. Ha hecho lo mismo con la industria, con la mecánica y con las ciencias exactas, que con la agricultura, las artes liberales y la literatura: ha sido su egida; las ha cubierto con sus alas protectoras en los siglos de violencia y barbarie, y ha creído estender el reinado de Dios estendiendo por aquel medio sus beneficios entre los pueblos.

Los males producidos por la industria en nuestros dias son terribles; pero ¿de dónde proceden? De una causa única: de que la industria no es cristiana.

Si la industria fuese cristiana, habria tambien en su seno grandes dolores, grandes miserias, grandes crímenes, porque tal es la condicion humana; pero no los habria sino en la proporcion comun, poco mas ó menos, y no en una proporcion escepcional.

En efecto: un jefe de establecimiento, si es sinceramente cristiano, debe considerar que tiene el doble deber de dirigir sus negocios con celo, inteligencia y probidad, y de ser el padre de todos sus obreros. Ambas ideas deben marchar á una en su ánimo, no solo porque en realidad las dos se prestan mutuo apoyo, sino porque ambas son igualmente obligatorias en conciencia. Partiendo de este supuesto, ¿qué felices reformas puede hacer un jefe de establecimiento cristiano, sobre todo si obtiene el concurso de colegas que participen de estas mismas ideas, y como él quieran aplicarlas!

Esta empresa de purificacion y santificacion del trabajo industrial contemporáneo por la aplicacion de las máximas evangélicas, debe ser llevada á cabo con caridad y prudencia, porque un celo inconsiderado, una gestion inhábil ó ruinosa, no harian sino comprometer la causa que se trata de defender.

Mas ¿no temeis, dirán algunas gentes escesivamente tímidas, que los católicos, una vez envueltos en el torbe-

lino de los negocios y de los intereses materiales, se dejen arrastrar por él, y que al ser ricos olviden el espíritu del Evangelio, y por amor del oro se hagan avaros y egoístas en perjuicio suyo y con escándalo de la sociedad entera?

Tales aprensiones destruirían el cristianismo social y obligarían á todos los discípulos de Cristo á huir á los desiertos. El manejo de los negocios es menos peligroso que la ociosidad: el oro no fascina á los que le ganan lealmente é imponen sobre su ganancia el diezmo de la caridad. Por otra parte, no se trata aquí tampoco de impeler á todos los católicos por el camino de la industria y del negocio, sino de indicar á los que le han emprendido, ó quieren emprenderle, el gran bien que pueden hacer por este medio (1).

Tales son, en sustancia, las sabias reflexiones del Sr. Baudon. En los pueblos salvajes nuestros misioneros se hacen industriales; en los países civilizados es indispensable hoy que los industriales cristianos, misioneros de nueva especie, comiencen prácticamente á resolver el problema social, mostrando con hechos á la clase obrera cómo la antigua alianza entre la fe y el trabajo debe, al reanudarse, dirigir hácia su término providencial los progresos científicos modernos, en beneficio de la moralidad y de la dicha de aquella clase.

VIRGINIA,

ó

ROMA EN TIEMPO DE NERON:

novela escrita en francés

POR VILLEFRANCHE,

Y TRADUCIDA POR

D. FRANCISCO MELGAR.

(Continuación) (2).

—Aunque me diérais el valor de todos los otros juntos, no la tendríais. Mas adelante pudiera ser. Yo no hago alarde de inmutabilidad en mis sentimientos. Acaso os la envíe por nada, como un regalo... ¡Vaya, vaya, joven pretendiente de las Gracias...!

Y acompañó estas palabras con una cínica sonrisa.

—No hablemos mas de esto, respondió secamente el ateniense; ya procuraré proveerme en el mercado público. Pero ¿no observais que la sombra de nuestra basílica apenas llega á las orillas de la via Sagrada? Ya es cerca de mediodía, hora en la cual es imprudente recorrer las calles en vuestro clima abrasador, sobre todo cuando no se tiene costumbre. Precisamente por aquí pasa una litera vacía. ¡Felicidad! Voy á refugiarme en los baños de Agrippa.

Cuando Cineas volvió á emprender el camino de la quinta de Labeon, advirtió desde lejos un altercado violento y un ruido de voces por cima de la calle de plátanos. Habiendo salido el portero á su encuentro, llevando en una mano su largo baston, y conteniendo con

la otra al enorme perro mastin, compañero suyo de cadena, el ateniense le hizo seña de que se callara; se apeó del caballo, sin darse á conocer, y quiso enterarse de lo que pasaba.

—Vete, gritaba una voz insolente, la de Hegion: ¿no te he dicho que no está?

—Pues bien, le esperaré, respondió otra voz, en la cual reconoció Cineas la de Minucio Julio, el centurion que habia conducido á Pablo desde el Asia á Roma. No se viene desde el monte Celio hasta aquí para volverse de una tirada. Le esperaré.

—Vete, viejo imbécil, arrastra-sable, ó te hago arrojar á puntapiés.

—¡Tú! ¡Hacer arrojar á un soldado de Roma! ¡No faltaba mas! ¡Sufrir esto! ¡Tú, miserable esclavo, digno de que te cuelguen entre dos cerdos puestos á desangrarse! ¡Tú, á quien yo he visto poco há espuesto en el Foro, entre los dátiles y los higos, y rotulado para la venta como un artículo importado recientemente! Si me llegas á alborotar la bñlis, te voy á romper la cabeza: ¿crees que no tengo cuatro miserables monedas para indemnizar á tu dueño del valor de tu piel?

—¡Hola! ¡Tracio, Licio, Apicano! gritó Hegion llamando á sus compañeros de esclavitud, que eran al mismo tiempo sus subordinados; ¡detened á ese viejo loco!

Pero la orden era mas fácil de dar que de cumplir; El centurion tenia trazas de destrozar media docena antes de darse por vencido.

Sin hacer caso de los esclavos que acudian de todas partes y se miraban indecisos, fuese en línea recta á Hegion, y le cogió por la garganta.

—Detenme tú mismo, cobarde; yo á nadie envío en mi lugar cuando hay peligro.

—Detenedle, aullaba Hegion con apagada voz; detenedle, ó se os ahorcará; Tracio, Licio, Apicano...

—Aquí estoy yo, dijo Cineas presentándose, y apartando á los espectadores con una seña. Silencio, Hegion; si no, tú serás el ahorcado.

Y alargando la mano al centurion, que soltó entonces al intendente, rechazó á este último con un ademán, y le volvió la espalda.

Hegion, humillado de esta suerte delante de sus camaradas, pronunció entre dientes algunas palabras amenazadoras, entre las cuales distinguió Cineas únicamente el nombre de Tigellin.

Cineas le contestó con una mirada de tranquilo desprecio, y ya solo pensó en el centurion.

—Os pido dispenseis, valiente Julio, la insolencia de ese hombre, le dijo. Es un bribon de quien espero zafarme un dia de estos.

—No teneis necesidad de excusaros, noble ateniense, respondió el soldado, que habia recobrado ya su serenidad: por lo demas, ya habeis visto que yo mismo habia tomado la defensa de vuestro huésped, es decir, de mi persona. Pero no importa; habeis llegado á tiempo. A no ser por vuestra llegada, me parece que le mando á armar camorra á Pluton ó á Lucifer; lo mismo da uno que otro. Sin embargo, habia jurado no encolerizarme nunca; pero ¿cómo impedir que un pellejo agujereado silbe cuando le pisa un zopenco? ¡Ah, señor! debeis tener una muy triste idea de nuestro país. Roma se ha convertido en el receptáculo de las inmundicias del glo-

(1) *Correspondant*, 25 de noviembre de 1854.

(2) Véase nuestro número anterior, pág. 226.

bo. Cada vez que vuelvo á verla, despues de mis campañas, la encuentro algo mas infecta que cuando la dejé.

—Sois muy severo, dijo Cineas sonriéndose é introduciendo al centurion en el *triclinium*, donde se sentó en un lecho enfrente de él, con una ancha ánfora de vino de Falerno entre ambos. Si mis recuerdos no me engañan, lo mismo decíais de Atenas cuando erais muchacho.

—Sí; lo mismo decia; porque en Atenas habia hecho no pocos desatinos. ¿Qué quereis? Era un jóven; aun tenia pegado el cascara, y despues de haber jugado con los camaradas en la orilla, queria seguirlos en la líquida llanura; ó, mas claro, no tenia una moneda, y queria gastar, divertirme, jugar como los ricachones. Pero en cambio, ¡qué tragos pasaba, Dios del cielo! A no ser por vuestro padre, que me sacó del pantano pagando mis deudas y haciendo de mí un hombre honrado, aun estaria zabulléndome, os lo aseguro; ó mejor dicho, ya me habria ahogado, como un pollo en una charca.

—Con lo cual algo hubieran ganado los germanos, los parthos, y otros enemigos de la república, dijo Cineas riéndose.

—No lo niego, respondió Julio en su pintoresco lenguaje; tal fracaso les hubiese ahorrado no pocos trompazos con los cuales los he gratificado despues. Pero ¿dónde estaria mi alma? ¿Dónde hubiera caído al salir de este mundo por la puerta del vicio ó del suicidio...?

Al pronunciar estas palabras, quedose el centurion pensativo, moviendo la cabeza de una manera harto significativa.

—¡Cómo! ¿Vos pensais tambien en el destino de las almas? gritó Cineas. ¡Un filósofo en una tienda de campaña! ¡Original espectáculo!

—Sí; dijo el centurion: he visto cosas que han vuelto del reves mi viejo cerebro. No creais que vengo á repetiros mis campañas, segun mi costumbre; no tengais miedo. En primer lugar, vengo á ofreceros mis respetos, como á digno hijo de mi venerado bienhechor, ó mas bien como á la única persona á quien quiero, fuera de mi legion, desde que he perdido á mi hermana y á su hija en las Galias; y si no he cumplido mas pronto con este deber, es por haberme encadenado la consigna á seguir hasta ayer los pasos de mi prisionero, al cual acaban de dejar libre bajo palabra. Pero principalmente vengo á referiros mi viaje, segun os prometí el otro dia al paso.

Y Julio describió á Cineas, en su estilo militar, los acontecimientos que encontramos referidos en los seis últimos capítulos de los *Hechos de los Apóstoles*; la intrepidez y la elocuencia de Pablo delante de Festo y de Agrippa; su serenidad durante la tormenta; su autoridad profética cuando impide á la tripulacion salvarse huyendo del navío en la chalupa, asegurando la salvacion de todos si le escuchaban; el naufragio en la isla de Malta; la mordedura de una víbora en su mano, sin que él sufriese mal alguno; la curacion extraordinaria del padre de Publio, príncipe de la isla de Malta, y por último la llegada á Puzoles, y despues á Roma, y las predicaciones de Pablo en medio de los principales judíos de aquella ciudad.

—¡Es un gran hombre, añadió, ese hombre tan pequeño! ¡Por Júpiter! es decir ¡por Dios vivo! Mejor rostro

ponia cuando el buque bailaba como una avellana en la cresta de las olas, que yo y los otros doscientos sesenta y ocho pasajeros ó marinos. Yo, en un principio, no tenia confianza mas que en el piloto y en el capitán, y le trataba de brujo; pero cuando le he visto con las manos en la masa, no he sabido ya qué decir. Ya pensaba yo mucho en este asunto cuando pasé por aquí, y os saludé desde la via Appiana; pero en Roma, ¡allí fue mas todavía! Estaba autorizado el prisionero para ir y venir por donde quisiese, acompañándole yo ó cualquiera de mis soldados, bajo mi responsabilidad. Aprovechábase de este permiso, y de este modo me hizo trabar conocimiento con su jefe de fila, un tal Pedro, que ya estaba en su puesto de batalla esperándole. ¡Qué valientes, Cineas, qué valientes! En sus manos tienen la vida y la muerte; entre los dos conceden la salud ó la enfermedad, lo mismo que si fueran sus dueños. ¡Y qué autoridad en su boca! ¡Qué hermosa voz de mando! ¡Cómo os enderezan un soldado bisoño, es decir, un disputador recalcitrante, metiéndole en vereda, por rehacio que esté, en dos tiempos y dos movimientos! Lo mismo que lo digo lo hacen. Nadie los resiste, ni aun yo, á fe mia, si he de ser franco. Todavía no soy de los suyos, pero me temo que no he de tardar mucho, por poco que esto dure.

Cineas sentia escuchando al centurion igual placer que habia experimentado oyendo á Séneca hablar del mismo asunto. La misteriosa doctrina que tenia el secreto de conmovier de tal suerte á un soldado inculto, á un gran filósofo y á una débil mujer, llamaba mas cada dia su atencion.

—Ya os presentaré á mi judío cuando os plazca, le dijo Julio al abandonarle. Avisadme únicamente el dia, porque está muy ocupado. En el navío se ocupaba en trenzar cestas de juncos para ganarse la vida sin ser gravoso á nadie; pero ahora ya no tiene tiempo. Solo el acompañarle es un rudo oficio: me hace echar el bofe. Todo el dia está andando, y por la noche, mas que dormir, vela y reza. Lo que es ese hombrecillo tiene piernas de hierro y gaxnate de bronce. En fin, ya le vereis.

—De muy buena gana, dijo Cineas, despues de una visita que he prometido y de la cual no puedo prescindir.

El ateniense queria decir despues de su presentacion á Neron, en la cual pensaba efectivamente, preparándose para ello con actividad. Pero ademas, otro pensamiento le obligaba á diferir su entrevista con Pablo.

Á fuerza de pensar en los medios de arrancar á la esclava Virginia de las garras de Pediano, la imágen de aquella jóven, que solo habia entrevisto, se habia fijado insensiblemente en su imaginacion. Habia rechazado al principio, como una injuria y hasta como un absurdo, las insinuaciones de Hegion y de Pediano atribuyéndole á un sentimiento egoísta de su corazon el interes que demostraba por su libertad, y ahora le sucedia lo que sucede á los que tienen que luchar mucho tiempo contra una calumnia. Á fuerza de oír repetir la acusacion, acaban por dudar y preguntarse si aquello es una mentira.

Elena, que tenia libre el espíritu, suspiraba tambien mas sinceramente por la verdad, disponiéndose para recibirla con mas ardor.

La nodriza cobraba fuerzas poco á poco, y empezaba

á poder hablar sin divagaciones. Su primera palabra habia sido naturalmente para dar gracias á Dios, y la segunda para Marco. El niño, cuando vió que le reconocia, no fue dueño de sí, y cubrió de caricias su pálido rostro.

—De modo, querida nodriza, le decia, que todavía os paseareis conmigo, cogidos de la mano, á la sombra de los grandes plátanos, repitiéndome vuestras hermosas historias. ¡Oh! ¡ni una sola, ni una sola he olvidado! Pensaba en ellas por la noche, antes de dormirme, y con ellas soñaba hasta despertarme.

La nodriza pasaba por los cabellos del niño sus adelgazados dedos, mientras resbalaban tiernas lágrimas por sus mejillas.

—Sí, dulce Marco mio, le decia; si Dios quiere, todavía nos pasearemos á la sombra de los grandes plátanos.

—Y tendreis un oyente mas, dijo Elena.

La nodriza miró á su señora como inquieta y sorprendida.

—No quiero que me adelante mi hijo, díjole Elena con dulzura; soy curiosa como él, y aun con mas motivo. Vos no sabeis lo que es llevar dentro de sí una pena que os consume, y correr jadeante en busca de una fuente consoladora cuya existencia se adivina vagamente. ¡Oh! Perdonadme, lo sabeis... ¡y aun antes que yo! Ya podeis comprenderme.

—¡Comprenderos, queridísima señora! gritó la nodriza radiante de alegría. ¡Oh! ¡Daria mi vida por vos! ¡Dígnese únicamente vuestra alma recoger el divino rocío con la sencillez de este niño!

Antes de contestar Elena, hubo una pausa; por fin dijo con grave acento:

—Mi alma aspira al descanso. Vos le habeis encontrado; comunicadme vuestro secreto; hacedme conocer la paz que no han podido darme ni el mundo ni la filosofía. No sé si seré tan dócil como Marco; pero sí soy mas ávida.

La nodriza temblaba de emocion; uniéronse sus manos, elevose su mirada, y de sus labios brotó una accion de gracias.

—Bendice al Señor, alma mia; todo lo que hay en ti, bendiga su nombre sagrado. Él ha aceptado la ofrenda de mis largos sufrimientos; Él ha escuchado mis votos, despertando en estos dos corazones el deseo de poseerle. ¡Ah! ¡Si os dignáseis tambien, Señor Dios mio, tocar en el corazon á mi pobre Philon, atrayéndole hácia Vos, aunque yo le pierda para siempre! Ya sabeis que le perdono, Señor, y que quisiera decírselo para calmar sus remordimientos. ¿No le veré ya mas antes de morir...? Pero ¡cúmplase vuestra voluntad, Dios mio, y no la mia! ¡Mi alma glorifica al Señor, y mi espíritu está estático de alegría en Aquel que me ha salvado!

Elena la detuvo con una señal, diciéndole:

—Basta; la menor emocion os debilita.

—¡Oh, señora de mi alma! ¡Si es alegría! En lugar de debilitar, esto fortifica.

—No, ahora no: mirad cómo temblais; vuestro pobre corazon late como si hubiéseis dado una gran carrera.

—Pero si os hablo de Dios, se calmará. El pensamiento de Dios es paz y fuerza.

—Sí, Gortinia; pero es necesario guardarle en vuestro interior unos dias mas; hay que cuidaros.

—Señora, nunca tendré paciencia para esperar.

Y la nodriza probó á levantarse, apoyada en un codo; pero sus fuerzas la engañaron, y volvió á caer palpitante sobre la almohada.

—¡Vaya! Ya lo veis, dijo Elena con voz de afectuosa reprension; ya me pesa haberos dado cuenta tan pronto de mis proyectos. Descansad, y aguardemos. Isaac recomienda la tranquilidad, so pena de recaida: ¿qué diria si os viese en este estado de sobreescitacion? Conformaos con sus mandatos, en prueba de agradecimiento á los cuidados que por vos se ha tomado.

—Estad segura, señora, de que nada puede adelantar tanto mi curacion como la buena noticia que me habeis dado.

Elena le puso una mano en la boca.

—Ni una palabra mas: ¿me oís? Os prohibo contestarme. Soy vuestra señora; y, en último caso, me obligareis á recordaros que tengo sobre vos derecho de vida y muerte. Por tanto, quiero que vivais. Adios, amiga mia, hermana mia, hasta la vista. Sígueme, Marco; volveremos pronto, cuando la nodriza esté ya mas tranquila.

Algunas semanas despues hallábanse sentados Cineas y Elena en el *peristilium*, graciosa habitacion rodeada de columnas de mármol, con una gran ventana que se abria encima de una fuente murmuradora. De repente sintieron un gran ruido en la parte exterior, hácia la calle de los plátanos. Oíase á la vez el sonoro galopar de unos caballos en los pedernales, el chis-chas de las armas entre sí, y ruido de voces humanas. Elena se quedó pálida como un cadáver, y corrió tambaleándose hácia la puerta, murmurando ininteligibles palabras. Cineas se precipitó por el mismo camino, y la adelantó, encontrándose en el dintel con un hombre vestido con uniforme de oficial superior del ejército romano, que le saludó con un ademán alegre y cariñoso, pero que sin detenerse corrió hácia Elena, recibéndola en sus brazos. No pronunció ni una palabra, pero la estrechaba contra su corazon, como si ya no quisiera separarse nunca de ella.

Todos los espectadores estaban enternecidos. La venerable Sulpicia, en pie, devoraba con los ojos al recién llegado, juntaba las manos y levantaba hácia el cielo los ojos, que manaban lágrimas abundantes, hasta que cayó en un asiento, habiendo perdido de repente sus piernas la fuerza para sostenerla. Ya no se acordaba de la constancia romana ni de su pretendida insensibilidad. Por fin, el oficial, desprendiéndose de los brazos de Elena, que sollozaba y reía al propio tiempo, corrió á abrazar á Sulpicia, fijando en ella una larga mirada, que parecia significar: «¡No habeis envejecido!» Despues, volviéndose bruscamente, exclamó:

—¿Y Marco? ¿Dónde está Marco? Estas fueron las primeras palabras que pronunció.

—Busca, respondió Elena, y encontrarás.

El niño estaba en pie, muy pálido, junto á una silla en el extremo opuesto de la habitacion. Fijaba sus grandes ojos llenos de lágrimas en el oficial con una admiracion tímida, indecisa, y en cierto modo vergonzosa. Cuando vió que tambien le miraba:

—¡Papá! exclamó; y se arrojó en sus brazos.

Labeon, pues este era el oficial, le cogió entre sus dos manos, le levantó hasta la altura de sus bigotes, y le cu-

brió de besos. Marco rodeaba con sus bracitos el cuello de su padre, se ocultaba en su hombro; después le volvía á mirar y se volvía á ocultar. Labeon, estrechándole siempre contra su rostro, se dirigió hácia Cineas, que acababa de entrar, y el calor de su mutuo abrazo demostró la cordial amistad que se profesaban.

Todo era alegría y entusiasmo. Labeon tenía para cada uno una palabra de cariño.

—Mis buenos servidores, dijo saliendo al *area* ó vestíbulo delante del cual se agolpaban en masa todos los esclavos, que habían acudido para ver á su señor, por mas que Hegion quería detenerlos trabajando, con objeto de presentarse él solo en nombre de todos; mis buenos servidores tendrán tres dias de descanso y de fiesta. Celebraremos en primer lugar un sacrificio á nuestros dioses penates, otro á la Victoria, otro á Hércules Custodio, otro á la Concordia conyugal, y otro, por último, á Júpiter Stator. Quiero que todos y cada uno, hombres y dioses, tomen parte en mi felicidad.

Volvió á entrar después en el *peristilium*, preparándose á responder á las mil preguntas que todos le dirigian al mismo tiempo.

Labeon tenía elevada estatura, hombros cuadrados, ancha cabeza, rostro marcial y carácter completamente romano. Sus ademanes y el timbre de su voz indicaban el hombre acostumbrado al mando. Sus ojos y los pliegues de su boca no tenían la delicadeza de los de Cineas, pero el conjunto de su persona ofrecía un hermoso tipo de la fuerte raza de las márgenes del Tíber, que había impuesto sus leyes al universo.

Aquel duro soldado, aquel romano tan temible á la cabeza de una legion, tenía en el fondo del alma tesoros de ternura, que siempre se estraña encontrar en las gentes de guerra, por mas que entre ellos no sean raros. La vista de su familia había borrado de su imaginacion los combates y los lejanos campamentos. El niño Marco parecía incrustado en el brazo de su padre, que le tenía sentado mientras hablaba, y le paseaba cuando se ponía á recorrer el cuarto. También el niño demostraba con su aire radiante encontrarse bien, pareciendo desafiar al mundo y las tempestades de la vida desde aquel hombro paternal, donde apoyaba su inocente cabeza.

Elena se sentaba al lado de Labeon, cogía su brazo y le apretaba contra su corazón. Sulpicia, sentada al otro lado, luchaba interiormente por recobrar su sangre fria, pero de cuando en cuando miraba profundamente á su hijo, como solo saben mirar las madres, y la naturaleza vencía siempre al estoicismo de la educacion.

(Se continuará.)

REVISTA DE LA SEMANA.

Pocas novedades en los pasados ocho dias. El Sr. Ardanáz, ministro de Hacienda, publicó el reglamento para la cobranza y reparto del impuesto personal, el cual, á pesar de todos los reglamentos del mundo, difícilmente podrá ser cobrado; y no porque al gobierno no le haga mucha falta el dinero de los contribuyentes, sino porque á los contribuyentes no les hacen falta las socaliñas del gobierno.

Del reglamento susodicho, lo mas notable son los

capitulos VI y VII, en que, con el fin de que los contribuyentes no engañen al gobierno en la confesion que deben hacer de sus haberes, sobre los cuales ha de recaer el impuesto, se establece una *inquisicion doméstica* para averiguar lo que cada ciudadano tiene. Y eso que á los ciudadanos se les exige una declaracion jurada de sus haberes; pero como el gobierno, avezado á no cumplir juramentos, tiene en ellos muy poca fe, ha añadido al juramento la inquisicion, pero una inquisicion infinitamente mas odiosa que la de Torquemada, porque aquella solo perseguía á los herejes, mientras la de ahora persigue y acosa á los que honradamente ganan el pan con el sudor de su rostro. Y es que en España se ha vuelto la oracion por pasiva: antes eran los herejes los perseguidos; hoy, en todos conceptos, los herejes son los perseguidores. ¡En algo se ha de conocer el progreso de los tiempos!

No debemos examinar, ni el macarrónico preámbulo del Sr. Ardanáz, ni su reglamento. Todo lo que sea hablar de capitacion á los españoles, es hablarles de la mar. Casi prefieren ya la *decapitacion* á la capitacion.

* * *

El imprudente decreto del señor ministro de Gracia y Justicia exigiendo de los Obispos que dirijan Pastora-les contra los clérigos carlistas, ó meramente hostiles al gobierno, y les retiren las licencias de confesar y predicar, está ya dando sus frutos. Algunos Prelados han dirigido breves y evangélicas frases á sus diocesanos, escitándoles á la paz; pero, como no podía menos de suceder, ninguno reconoce en el gobierno autoridad para espedir órdenes semejantes á los Obispos, ni ninguno se doblega á retirar licencias é imponer penas á los clérigos porque el gobierno lo mande.

Entre los documentos de este género que han visto la luz, nos parece digno de especial mencion el de nuestro respetabilísimo amigo el Sr. Monescillo, Obispo de Jaen, que ahora, como siempre, ha demostrado la independencia de su carácter como Prelado, y la grandeza de su alma.

El documento es una esposicion al regente del reino, que dice así:

«Señor: con profunda amargura he leído la esposicion que precede al decreto espedido por V. A., de acuerdo con el Consejo de ministros, y suscrito por el de Gracia y Justicia el dia 5 de los corrientes en el sitio de San Ildefonso.

»Indicada esposicion, cuerpo y espíritu del articulado del decreto, envuelve contra la respetable clase del clero, tan venerada por V. A. y por el ministerio, gravísimas imputaciones que hieren mal formuladas en períodos incidentales y bajo conceptos de opinion y de duda. Para desvanecerlas bastaría oponer á la frase *cuando parece averiguado*, esta otra: *cuando parece por averiguar*. En ambos casos la presuncion seria favorable á la inocencia de los acusados.

»Mas dejando aparte la cuestion de forma, de estilo y aun de sentido, cumple á mi deber de Prelado y á mi conciencia de cristiano instruido manifestar que puestos los Obispos por el Espíritu Santo para regir y gobernar la Iglesia de Dios, no pueden someter los actos testamentivos de su cargo, ni su palabra, y menos su pensa-

miento y criterio judicial, á la inspeccion y magistratura civiles, aunque sea, como es notorio, cuán respetuosos y deferentes se muestran á los poderes públicos en todo lo que es propio de la autoridad temporal, y cuando, á mayor abundamiento, predicán asiduamente se obedezca y acate, y dan ejemplo de acatamiento y obediencia á las autoridades constituidas.

»Así, cumplidos los deberes de su ministerio, y desempeñada su mision en la forma que juzgan oportuno llenarla, eligiendo la sazón y el tiempo con la oportunidad que les inspira el mejor propósito, el celo pastoral ó el imperio de circunstancias determinadas, enseñan, exhortan, corrigen, estimulan y dan premio y alabanza, ó imponen penas canónicas á sus clérigos, según y como se lo dicta una conciencia bien informada, y en concepto de inspectores y jefes espirituales de la porción de grey que les está encomendado apacentar, sin que en este sentido puedan ser residenciados, ni sean justiciables de otra potestad que la del Supremo Gerarca de la Iglesia, el Romano Pontífice, Pastor de los Pastores, quien confirma á sus Hermanos en el Episcopado, á quien procede recurrir y apelar, y el que dice la última palabra en toda discusión cristiana.»

»En su virtud, ruego á V. A. se digne tener por bastante la sencilla respuesta que en forma de esposición me permito elevar á su conocimiento, dándose por satisfecho, como yo lo estoy, de que, merced mas bien á la docilidad y bondadoso carácter de mis diocesanos que á los trabajos apostólicos de su Pastor, la casi totalidad del clero de este obispado permanece en sus respectivos puestos, muy ajena, en verdad, al intento de conspiraciones carlistas, la exigua porción que piensa y se conduce de una manera censurable, y sobre cuyo extremo suplico á V. A. haya por discreto el silencio de un Pastor afligido á causa del extravío de algunas ovejas, sordas á las amonestaciones paternales que les dirige.

»Dios guarde á V. A. muchos años.—Jaen 9 de agosto de 1869.—ANTOLIN, Obispo de Jaen.»

* * *

Las noticias carlistas son cada vez mas confusas y contradictorias. Todos los días nos anuncian los periódicos nuevas partidas levantadas y nuevas partidas disueltas, como si fueran meteoros que aparecen y desaparecen. Los partes oficiales publicados en la *Gaceta* son como todos los partes oficiales de todos los gobiernos. El enemigo es siempre derrotado, si hace frente, ó huye á la desbandada en cuanto ve á las *heróicas* tropas del gobierno. Ya se sabe: en esta clase de luchas no hay mas héroes que las tropas *leales*. El enemigo es siempre cobarde. ¡Puerilidades ridículas que á nada conducen! La *Gaceta* ha confesado que es difícil dar alcance al general Polo y su gente por el conocimiento que tiene del terreno y por la celeridad con que hace las marchas y contramarchas. Hasta ahora, en efecto, hemos visto que aquel caudillo va á donde quiere y como quiere, sin ser molestado por nadie, antes bien siendo recibido en los pueblos con verdadero entusiasmo.—En este momento vemos en los periódicos de noticias que el Sr. Polo y cuatro compañeros mas han caído prisioneros y son conducidos á Ciudad-Real. Si la noticia es cierta, que no tenemos empeño en negarla, paciencia.

El Maestrazgo está lleno de partidas poco importantes, según dice el gobierno. Si hemos de hablar con franqueza, tampoco nosotros damos importancia á esas partidas, por numerosas que sean, mientras no veamos al frente de ellas á hombres de talla que puedan formar un verdadero ejército de operaciones. Por lo demás, nos llama mucho la atención ese aparecer y desaparecer partidas sucesivamente, sin orden ni concierto. No parece sino que hay una *mano oculta* que las empuja para disolverlas ó inutilizarlas. Nos cuesta trabajo creer que obedezcan á los verdaderos jefes del partido carlista. Si se levantan porque no pueden sufrir mas, que tal pensamos, ¡qué hemos de hacerle! Lo sentimos, porque si han tenido paciencia ocho meses, bien podían tenerla diez ó doce; pero comprendemos y disculpamos su conducta. Mas, ¿no podrían ser víctimas de alguna añagaza. ? Llamamos muy seriamente la atención de nuestros amigos sobre esta pregunta.

Nosotros no conspiramos, ni entendemos nada en materias de conspiración. Pero esto no obsta para que veamos algo turbios esos levantamientos sucesivos sin trascendencia y sin plan. Y no decimos mas.

* * *

La abdicación de doña Isabel de Borbon en su hijo Alfonso es ya casi un hecho. Aquella señora, al fin, ha convenido en ponerse de rodillas ante la revolución, y confesar que fue justa en arrojarla de España. Hay cosas que no puede resistir nuestro estómago. ¡A dónde han venido á parar las familias reales! Doña Isabel es digna nieta é hija de Carlos IV y Fernando VII, aquellos dos Reyes cobardes que se humillaron ante Bonaparte, sin contar con que tenían tras de sí un pueblo generoso y altivo que no se humillaba ante nadie. Doña Isabel no tiene un pueblo; en cambio tiene una media docena de infelices cortesanos que no saben qué hacer para humillarla mas todavía de lo que la revolución la ha humillado.

De una carta de Paris que habla sobre este asunto, tomamos el siguiente párrafo, que ha de asustar de fijo á nuestros lectores:

«*La corte de los milagros* donde los *Rinconetes* y *Cortadillos* de la política liberal ventilan estos puntos, tiene su correspondiente *Monipodio*, al cual han acudido todos en última instancia pidiendo una solución que los saque del apuro. ¿Y saben Vds. cuál es la solución puesta de resultas á la orden del día? Yo les doy quince de plazo para que puedan siquiera sospecharla... Trátase (no lo van Vds. á creer), trátase de que la regencia se confiera á... á doña María Cristina de Borbon, madre de doña Isabel y abuela de la criatura. ¿Y saben Vds. quién es el muñidor de esta cofradía, el *correvédile* de toda esta combinación asombrosa? Pues es D. José de Salamanca.

»Sumadas estas partidas, arrojan el siguiente total: Entronizamiento del hijo de D. Francisco de Asís, por abdicación de la madre doña Isabel, con regencia de la viuda de Fernando VII, bajo el patrocinio del marqués de Salamanca.»

Repetimos que todo esto nos da asco. Esas gentes se han empeñado en que triunfe la república, y lo conseguirán. Por nuestra parte nos tiene sin cuidado la candi-

datura del príncipe Alfonso, como la de todos los demás príncipes de mogollon que se nos quieren imponer. Si D. Carlos no triunfa, porque los designios de Dios así lo hayan determinado, la república es la única solución. Hoy más que nunca repetimos nuestro dilema: ó D. Carlos, ó la república. No hay otra salida. Si la república viene, ¡pobre España!

* * *

Ha llamado estos días la atención el asesinato cometido en la persona de un ratero por el populacho de Barcelona y la actitud de los trabajadores de aquella ciudad.

Esplicando el primero de estos hechos, dice una correspondencia lo siguiente:

«Todo esto es grave; es censurable que la multitud se tome la justicia por su mano. Pero los que lanzan estas censuras deben tener presente que en esta ciudad no se está acostumbrado á los asesinatos, y que estos delitos irritan á la gente á lo sumo, mayormente perpetrándose tan á sangre fría como el del caballero antes dicho. Además, hace unos meses que ha vuelto á recrudecer en esta ciudad una de las plagas de todas las ciudades populosas, los rateros, tahures y ladrones, los cuales no perdonan ni las habitaciones de los pobres, sino que muchos jornaleros hallan saqueadas sus viviendas y robados sus ahorros al volver del trabajo.

«El público ve esa impunidad; y por falta de publicidad de las sentencias de presidio, prision, etc., cree que la impunidad es mayor, y de aquí la irritación constante. Ya semanas atrás fueron gravemente heridos por la multitud tres ladrones que hicieron fuego á la autoridad; uno de ellos falleció de sus resultas. Hoy la vista del infeliz asesinado ha acabado de exasperar, y de aquí el acto horrible perpetrado con el asesino. No será este el último ladrón que perezca á manos de la multitud, porque los rateros y tahures proseguirán en sus robos, y seguirá la especie de impunidad que lamentamos. El pueblo seguirá en la idea de que si no escarmienta á los ladrones, no se librá de los robos que se cometen cada día en las personas y viviendas de las clases jornaleras. De resultas, ¡desgraciado el que sea perseguido á los gritos de *¡al ladrón!* en una calle ó escalera!

«Todo esto es triste, pero no es de ahora; en otras ocasiones se han observado esas epidemias de robos y raterías que por una temporada decrecen, y luego reaparecen. La impunidad y la falta de policía civil han sido constantes bajo todos los gobiernos. Estos solo han cuidado de los delitos políticos y de la policía política, y el pueblo siéntese abandonado por el gobierno en materia de seguridad respecto á las gentes de mal vivir. Tienen, pues, explicación y excusa, y más en un pueblo laborioso, morigerado y enérgico, actos como la muerte del asesino de hoy, por censurables que sean.»

Sobre el estado de huelga en que se encuentran los obreros, el *Diario de Barcelona* del martes escribe estas líneas:

«La cuestión de los trabajadores continuó ayer ocupando la atención del público, si bien no se notó señal alguna de salirse la ciudad de su estado normal. El señor gobernador civil de la provincia presidió varias reuniones, en las cuales no se pudo llegar á una avenencia. Esta mañana la generalidad de los operarios se ha presentado

á sus ocupaciones, y en algunas fábricas se ha trabajado; mas á eso de las ocho se han presentado grupos de otros trabajadores á exigir que no continuasen en su ocupación.

«Los únicos grupos que se vieron fueron los de los que pasaron á Gracia, á Sans y demás pueblos del contorno á hacer cesar los trabajos en las fábricas que los habían empezado. Como había corrido la voz de que á las cuatro de la tarde debía haber una reunión magna de operarios en la plaza de Cataluña, desde la una la tropa estuvo sobre las armas, según se nos ha dicho, por lo que pudiese ocurrir.»

* * *

Los atroces fusilamientos de Montealegre, por los que se ha inculcado tanto al teniente coronel Sr. Casalís, han dado margen á un comunicado de este señor en que se trasmite toda la responsabilidad de estos hechos al gobierno. Así lo entendimos nosotros desde el primer momento. A nadie más que al ministro de la Guerra inculcamos; pero como dimos cabida en nuestras columnas á la carta del Sr. Llofríus, que acusaba al Sr. Casalís, un sentimiento de justicia y de imparcialidad nos mueve á copiar algún párrafo de los del comunicado de este último señor.

Comienza así:

«Muy señor mío y de mi consideración: Publicada en la prensa la orden de S. A. el regente del reino para que los carlistas aprehendidos con las armas en la mano fuesen en el acto fusilados, aunque las hubiesen arrojado en la persecución, y comunicada por el excelentísimo señor ministro de la Guerra á los capitanes generales de los distritos, y estos á los jefes de columna, queda con ello vindicada mi reputación militar y privada; y no molestaria la atención de V. con este escrito, si entre las mil versiones de que se han hecho eco los periódicos no figurara una carta suscrita por un tal T. N. Llofríus y Sotomayor, á quien nadie conoce, y cuya redacción es una mentira infame destinada sin duda á producir efecto.»

Rectifica luego algunos hechos referidos por el señor Llofríus, y dice:

«La hora del encuentro fue sobre las cinco de la tarde, tardándose cerca de dos horas en batir el monte, y presentándose los prisioneros no en un solo grupo, como supone el difamador, sino primero dos, después otros dos, luego cuatro y últimamente uno, todos con las armas. La gravedad de la medida que se iba á tomar con ellos me obligó á reconcentrarme en mí mismo y sacar la orden que llevaba en la cartera, buscando un recurso ó una expresión por la cual pudiera eludir su inmediato cumplimiento; pero su redacción terminante, como V. habrá observado, me quitó toda esperanza. No satisfecho aun con este exámen, llamé junto á mí á los señores capitanes de fuerzas tan heterogéneas como las que están á mis órdenes, y comprendieron, como yo, que sin desobediencia por mi parte, y á la cual hubiera tenido que responder ante un consejo de guerra, no me era posible rehuir su cumplimiento. Entonces, y solo entonces, me vi en el doloroso caso de ordenar el fusilamiento, encomendado al teniente D. Sebastian Vilella, de la compañía de voluntarios, y no presenciado por mí, por más

que *El Estado Catalan* me haya calificado de *cruel y asesino*. Es decir, Sr. Director, que la ejecucion se llevó á efecto lo menos á una hora de distancia de donde lo supone el autor de la carta, y dos despues de los primeros tiros.»

* * *

Segun los telégramas últimamente recibidos del capitán general de Cuba, la insurreccion va decreciendo en aquel país.

Un amigo nuestro nos escribe desde la Habana, y entre otras cosas dice:

«El comercio, tan perdido aquí como ahí. Muchos almacenistas se han arruinado, y los que siguen lo hacen á duras penas, reduciendo considerablemente sus dependientes y todos sus demas gastos. Consiste esto en que la guerra ha despoblado esta capital, de donde se han marchado los capitalistas, unos á la insurreccion, los mas al extranjero. Solo los comerciantes de víveres se sostienen.

«¡Qué organizacion tan fatal tienen aquí los empleados! Nadie hace mas que cobrar el sueldo, porque ninguno se considera libre de ser relevado de uno á otro correo. Si no hay seguridad en los destinos, ¿cómo se han de mirar con interes? Los espedientes duermen, y no hay capacidades tampoco en el personal, generalmente hablando, cuya colocacion se debe al favoritismo ó á la intriga. Empleados conozco que apenas saben firmar. ¿Qué puede prometerse nadie de tal administracion? ¿Llegará un dia en que se arregle? Bien lo necesita. Un gobierno sólido y honrado podria hacerlo solamente...

«La insurreccion no ofrece cuidado. Se halla reducida á dos pequeños recintos, y los insurrectos son tan cobardes, que cuarenta hombres ahuyentan á centenares de ellos, que abandonan posiciones formidables. No son guerrilleros. Yo creo que al cesar los calores en setiembre serán vencidos por completo.»

Por su parte, los periódicos de la Isla dan los siguientes detalles sobre la insurreccion:

«El *Diario de la Marina* hace una reseña de la última intentona de los insurrectos contra Puerto-Príncipe, y por cierto que aquellos señores no habrán quedado muy satisfechos de su empresa. Los insurrectos se propusieron alarmar, y alarmaron, invadieron fácilmente los extremos de una ciudad abierta; pero se apresuraron á retirarse tan luego como la guarnicion y los intrépidos voluntarios tomaron la ofensiva. Diez y siete muertos dejaron los rebeldes sobre el terreno, y huyeron con tanta rapidez por todas partes, que, habiendo empezado el fuego á las cuatro y media de la mañana, cuatro horas despues estaban de vuelta los señores general Puello, coronel Aguilar y capitán Muslera, porque no tenían ningún enemigo á la vista. Supónese que atacarían á Puerto-Príncipe unos tres mil rebeldes.

«El teniente coronel Portal, de cazadores de Tarragona, practicó un reconocimiento en Casa-Blanca, distrito de Sancti-Spiritus, que dió por resultado la muerte del titulado general Honorato del Castillo. También fue herido de gravedad el bandido Silva, titulado comandante.

«En Gibara se tuvo noticia de que en las cercanías de Santa Inés había unos prisioneros y varias familias

que deseaban presentarse y ponerse bajo el amparo del gobierno. Una columnita se puso en marcha hácia el indicado punto, donde llegó con facilidad, encontrando, en efecto, allí á D. Simon y D. Pedro Gomez, D. Juan de la Maza, D. Francisco Cuesta y D. N. Brea. Hizo al mismo tiempo algunos prisioneros, entre ellos al licenciado en medicina D. Manuel de la Sera, que primero se titulaba intendente, y que en la actualidad era funcionario, vocal del comité. Fue pasado por las armas.

«El cólera se ha cebado de tal modo en los insurrectos, que en las montañas inmediatas á Vista-Hermosa, Maraguan y otros puntos habían perecido mas de setecientos de aquellos.

«Noticias de Nueva-Yorck anuncian que la presidencia de la junta cubana se ha discutido entre los Sres. Morales Lemus y Macías, único medio que ha podido hallarse para acallar las exigencias que tenían los partidarios de una y otra. El primero queda exclusivamente encargado de las relaciones diplomáticas, y el segundo de organizar expediciones contra Cuba. Nos parece que no matará el trabajo á aquellos señores.

«Las noticias del departamento Oriental son importantes. El jefe de las tropas que operan en aquella jurisdiccion, el coronel Lopez Cámara, participa que los insurrectos, con fuerzas superiores y mandadas por los cabecillas Jordan, Mármol, Mariano y Figueredo, atacaron simultáneamente los ingenios la Cruz, Santa Ana, Sitio, San José y Santa Isabel, así como el caserío de Palma Soriano, siendo rechazados de todos ellos por nuestros valientes soldados, que les causaron en estos diversos puntos 35 muertos y muchísimos heridos.

«El ingenio Sitio fue atacado por tres distintas ocasiones con fuerzas superiores y con una pieza de artillería; pero los disparos de esta iban tan mal dirigidos, que todos los proyectiles pasaban por alto.»

* * *

Del extranjero no tenemos grandes cosas que comunicar á nuestros lectores. Despues de las concesiones liberales hechas por el Emperador Napoleon, y que muestran que el imperio va debilitándose y que al fin sucumbirá, como sucumbieron todos los Tronos liberales, se ha dado, para celebrar el aniversario del natalicio de Napoleon I, una amnistía general por los delitos políticos, de imprenta, de reuniones, etc., y por los administrativos, como de aduanas, de pesca y caza, de policía, etc.

El mariscal del imperio, Niel, ministro de la Guerra, ha muerto cristianamente en Paris. Él mismo pidió los sacramentos, que le fueron administrados por monseñor Darboy, Arzobispo de Paris.

Niel (Adolfo) nació en Muret (Alto Garona) el 4 de octubre de 1802. Hizo su carrera paso á paso á fuerza de méritos. Estuvo en la guerra de Crimea, y á él se debió en gran parte la toma de Sebastopol. En la guerra de Italia mandó el cuarto cuerpo del ejército de los Alpes. Él decidió la victoria de Magenta, y fue nombrado mariscal de Francia al dia siguiente de la de Solferino.

Sucedió al mariscal Randon en el ministerio de la Guerra.

En Sicilia (Italia) ha habido elecciones municipales, y han triunfado los candidatos católicos, á pesar de la *influencia moral* del gobierno y de la coalicion formada

por todos los partidos hostiles á la Iglesia. En Palermo, sobre todo, el triunfo ha sido completo. Los *italianismos* han sufrido allí una derrota que les impedirá robar anchamente, como han estado haciendo, en aquel importante municipio. Así lo dice el periódico *Ape Iblea*.

En el resto de Italia sigue agitando los ánimos la cuestion de órden público. Del proceso que se está formando sobre el complot mazziniano descubierto en Nápoles, Milan, Bolonia y Turin, parece que debe resultar la culpabilidad de varios diputados. Se cree que con este motivo se arrestará á estos señores, y se cerrará en seguida el Parlamento.

Todo esto y mas que haga Víctor Manuel no le librará de tener el fin que tienen todas las monarquías constitucionales.

Trátase de trasladar la corte á Nápoles.

En Cracovia (Polonia) se ha descubierto una monja *emparedada*, como la de que tanto hablaron los periódicos de Madrid. Allí se ha agitado la opinion con este suceso; el populacho ha gritado *¡abajo los conventos!* se han puesto presas á algunas religiosas, y por fin ha resultado que la *emparedada* era una pobre loca, á quien se la tenia naturalmente en un cuarto sola, asistida por los facultativos.

La vocinglería liberal se ha despachado á su gusto con este motivo, como se despachó aquí.

Los liberales son idénticos en todas partes.

V. G.

BOLETIN BIBLIOGRÁFICO.

No puede negarse que desde la declaracion de la libertad de cultos, hecha inicuaamente por las Cortes de 1869 contra todo derecho, contra toda conveniencia y contra toda necesidad, los escritores católicos han trabajado con nobilísimo ahinco por atajar el torrente de impiedad que se nos entraba por puertas adentro de esta desgraciada nacion. Como Dios saca bienes de los males, lo cual no puede servir de justificacion ni de disculpa á estos, confiamos desde el primer momento de la revolucion en que los católicos aguzarian sus algo enmohecidas armas para luchar valerosamente contra los nuevos enemigos que se presentaban en el campo, y sobre todo contra ese gran enemigo de la verdad católica, contra la ignorancia en materia de Religion. Nuestra confianza no ha sido frustrada. Ya publicando obras nuevas, ya reimprimiendo antiguas de gran oportunidad y en condiciones de ser fácilmente adquiridas por todo el mundo, los escritores y editores católicos no se han dado un punto de reposo para oponer á un libro malo uno bueno, á una blasfemia una alabanza, á una negacion impía una afirmacion demostrada.

Preciso es no cejar en esta provechosa tarea, y preciso es que el público cristiano tome gran interes en ella, haciéndose propagandista de esas obras que tienden á ilustrar la mente del pueblo sobre la doctrina del catolicismo, ó á afirmarle en la fe, ó á prevenirle contra los errores de todo género de sectas, ya francamente religiosas, ya cubiertas con el manto de la política.

A los autores y editores debemos advertir que, á nuestro humilde juicio, dos cosas son hoy muy necesarias

para hacer agradables y populares los libros católicos, á mas de la ciencia que en ellos debe resplandecer: belleza y elegancia de lenguaje y de plan, y belleza y elegancia en la parte editorial. Los libros impíos suelen ser amenos por dentro y elegantes por fuera. ¿Por qué los libros católicos no han de ser floridos y brillantes en el lenguaje, amenos en su forma y elegantes en su impresion y encuadernacion? Nada hay mas bello que la verdad. ¿Por qué nosotros que la poseemos hemos de consentir en que nuestros enemigos nos arrebatan su vistoso atavío y su delicado perfume?

Hacemos esta advertencia, no porque la ignoren nuestros amigos, sino por que no la olviden jamás. Prueba de que no la ignoran, es la elegancia que se nota en las ediciones de los pequeños libros publicados por la Asociacion de católicos, é impresos en su mayor parte por nuestro amigo el Sr. Perez Dubrull, que tiene particular empeño en competir con los editores é impresores mas acreditados.

Hé aquí ahora la lista de las obritas que hemos recibido recientemente, y que juzgamos justo recomendar á nuestros lectores y á todos los católicos en general:

¿Es cierto hay un Dios que vela sobre nosotros?

Esta obrilla, escrita en francés por el insigne é incansable Mons. Segur, acaba de ser traducida por nuestro estimado amigo D. Manuel García Rodrigo, hijo político del Sr. Necedal. En el breve espacio de 59 páginas demuéstrase por evidente y clarísima manera, no solo la existencia de un Dios Criador, sino la de su Providencia conservadora.

Es un libro que hace pensar, que hace creer, y que hace amar: que tales son los efectos que produce en el ánimo todo buen libro. La traduccion es esmerada y correcta. Para que de esta obrilla formen cabal idea nuestros lectores, nada mejor que copiar el breve y sustancioso prólogo que el Sr. García Rodrigo ha puesto al frente del libro.

Dice así:

«Nada nuevo dicen hoy los enemigos de la Religion que no se haya dicho desde los primeros siglos de la Iglesia, y que deje de estar victoriosamente contestado por los Santos Padres. Desaparecieron los heresiarcas, hundiéronse desacreditados sus impíos sistemas, y la Iglesia católica permanece llena de gloria y santidad. ¿Puede suponerse en buena lógica que el error venga triunfando sobre la verdad por espacio de diez y nueve siglos? ¿Creen los nuevos sectarios que podrán esforzar sus argumentos mas que los antiguos? ¿Ó es que ignoran el plagio que de añejos errores cometen?

»Necesario es recordarles que ya en el siglo I se impugnó la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo por Cerinto y Ebion, y que los gnósticos profesaron la inmoral doctrina que practican los mormones; que las blasfemias pronunciadas por algunos diputados en las Cortes españolas del año 1869 contra la pureza de la Inmaculada Virgen María y contra el misterio de la Santísima Trinidad, fueron dichas en los siglos II y III por Carpocras, Alejandrino y Sabelio; Berengario combatió en el siglo XI el adorable misterio de la Eucaristía; y los valdenses y albigenses inventaron cuanto se alega en el dia contra las indulgencias, ayunos, invocacion de los Santos y potestad de la Iglesia. Grandes esfuerzos para estender di-

chos errores hizo Wiclef en el siglo xiv, y repitieron en el siguiente Juan de Hus y Gerónimo de Praga, dignos precursores de Martín Lutero, el cual pudo propagarlos en el desventurado siglo xvi, no por la fuerza de sus razones, sino por la relajación de su doctrina é interesado amparo que le dispensó Federico, elector de Sajonia.

»Ramas de tan venenoso tronco fueron los anabaptistas y sacramentarios, que han producido en tiempos posteriores á los puritanos, presbiterianos, independientes y kuákeros.

»En frente de tanta división se levanta majestuosa nuestra Iglesia católica, con sus creencias, con sus ceremonias, con su idioma de diez y nueve siglos. ¿Y sabeis por qué? Buscad la causa en su doctrina, que se conserva tan pura como la enseñó Jesucristo y los Apóstoles la entendieron por el mundo; buscadla en su unidad, debida á la soberanía espiritual de los Soberanos Pontífices; buscadla, finalmente, en que el libre exámen en asuntos de fe y de disciplina, se halla rigurosamente proscrito de su seno.

»Hemos indicado la antigüedad de los errores con que en el día se combate á la Iglesia; réstanos añadir que la época actual no podía olvidar las obras de Benito Espinosa, cubiertas con el polvo del siglo xvii, y de ellas nos ofrece nueva edicion, corregida y aumentada, en pócimas de lo que ha dado en llamarse *filosofía alemana*, como si la sublime ciencia de Aristóteles no perteneciera á todos los tiempos y á todos los hombres. Mas cedamos tanta honra á la Alemania, aunque afortunadamente sean pocos los alemanes que aceptan la no envidiable gloria de haber descubierto á Dios en la materia.

»Con estilo sencillo é imágenes adaptadas á las mas cortas inteligencias y escasa instruccion, acomete monseñor Segur la noble empresa de combatir al error en su última trinchera, demostrando la existencia de Dios y de su Providencia; y conociendo el carácter ligero de la moderna sociedad, escribe pequeños volúmenes para que sean leídos fácilmente. Sus oportunas reflexiones ilustran al católico, desprevenido á veces contra los rebuscados argumentos de los sectarios, llevan la convicción al entendimiento dudoso, y restablecen la tranquilidad en el alma, si hay fuerza para arrancar del corazón las malas pasiones, pues con ellas suele albergarse la incredulidad. El clero únicamente conoce las obras de los Santos Padres que se ocuparon en refutar las herejías, y esta es la causa de que los católicos, poco versados en las ciencias morales, y especialmente en puntos de controversia, se encuentren desprovistos de armas defensivas contra los repetidos ataques dirigidos á su creencia. Salvan, por fortuna, este inconveniente las obras del sabio é ilustrado Prelado, honra de su patria y gloria de la Iglesia católica.

»El racionalismo, que en la débil razón humana pretende formar un tribunal sin apelación, no podrá de buena fe rechazar la inflexible lógica de nuestro autor, ni hallará seguramente razones que oponer á sus razones. Por esta causa nos hemos ocupado en traducir una obra que, en sus cortas páginas, encierra mucha y saludable doctrina, y debe ser conocida en nuestra patria, que parece destinada á marchar en todos sentidos detras del progreso de las naciones, pues hoy cambia su dinero por tantos libros impíos que otros países desprecian, y

sufre la propaganda de los vulgares sofismas que se hallan desacreditados en pueblos cuya civilización y cuyo progreso, siempre creciente, los vuelve al seno de la Iglesia católica; porque van convenciéndose los hombres de que la verdadera ilustración y la verdadera libertad se encuentran en las páginas admirables del Evangelio anunciado por Jesucristo.

»Madrid, julio de 1869. — *M. García-Rodrigo Pérez.*»

Este pequeño folleto se vende en la librería religiosa de Aguado, Pontejos, 8, á cuatro cuartos el ejemplar, y á 34 rs. el 100.

Los pedidos para fuera de Madrid se harán á la misma librería, en carta dirigida á los Sres. Viuda de Aguado é hijo.

En provincias, franco el porte por correos, á 40 reales el 100.

La honra de España asegurada en las Constituyentes el día 5 de mayo de 1869, diálogo curioso por mas de un título. — Tal es el del último folleto dado á luz por la *Asociación de católicos*. Como la portada lo indica, es un diálogo escrito con el fin de combatir la peste de la libertad de cultos, demostrando principalmente la falsedad del protestantismo y la corrupción de costumbres, de ideas y de sentimientos que esta nefanda secta trae consigo. Cuatro personajes intervienen en este diálogo. Dos muchachas jóvenes: una, libre-pensadora y marisabidilla; otra, católica y modesta; y los padres de ambas: el de aquella, liberal y simple; el de esta, católico é instruido. Este es el que espone las razones contra la libertad de cultos, y quien demuestra á los demás interlocutores, con grande acopio de datos que en nada lastiman la amenidad y la ligereza del libro, cómo Inglaterra, tan ponderada por nuestros liberalotes, es una verdadera sentina donde la ignorancia, la corrupción y el embrutecimiento, en su mas alto punto, se ocultan bajo el vistoso ropaje de una civilización fastuosa y sibirica.

El *Diálogo* está escrito con sencillez y soltura.

El Jubileo concedido por Su Santidad Pio IX con ocasion del Concilio ecuménico de 1869, en sus relaciones con el dogma católico: Instrucción sobre los medios para ganarle. — Este es otro opúsculo dado á la estampa por la misma *Asociación de católicos*. Dase en él clara noticia de lo que es el purgatorio, de las razones de su existencia, y de la infinita misericordia que en Dios supone este lugar de expiación, donde el alma se purifica antes de entrar en la bienaventuranza eterna. Háblase luego de las indulgencias; esplicase su significado y su conveniencia, y se pulverizan las objeciones de los protestantes contra esta admirable y consoladora facultad de la Iglesia de Dios. Enséñase despues lo que es Jubileo y Concilio, probando la necesidad y la oportunidad de este; y finalmente, tras de una noticia clara y precisa del tiempo y las condiciones para ganar el Jubileo, se insertan, como remate del opúsculo, cuatro oraciones muy bellas que pueden rezarse cuando se gane la especialísima gracia que nos concede nuestro Padre Santísimo.

También el celosísimo Sr. D. Miguel Martínez y Sanz ha publicado una *Instrucción para ganar el santo Jubileo y para honrar diariamente en todo el año á la Santísima Virgen María*. Este es un opúsculo mas piadoso

que el anterior, pero en cambio menos instructivo; más propio para el uso de los fieles, pero menos para hacer la propaganda de la doctrina. Uno y otro, sin embargo, llenan admirablemente el fin que se proponen sus celosos autores.

El Buen Padre, ó la política cristiana.—El mismo sabio presbítero, nuestro respetabilísimo amigo el Sr. Martínez y Sanz, ha publicado también un libro con el título que sirve de epígrafe á estas líneas. Bajo la forma novelesca y dialogada, traza el Sr. Martínez un plan completo de buen gobierno, basado en las doctrinas del Evangelio y en las máximas que inspira un sentido común no maleado por las preocupaciones ni por la ciencia que hincha, de que San Pablo nos habla. Unos navegantes van casualmente á parar á un islote donde, entregado á la vida contemplativa y á la instrucción y cuidado de algunos salvajes de otras islas vecinas, vive un anacoreta en quien la fe y la clara luz de la razón, amortiguando por completo el fuego nocivo de las malas pasiones, han engendrado acertadísimas ideas acerca de la constitución de un buen gobierno y de una sociedad cristiana. Las esplicaciones de este anacoreta forman la doctrina del libro del Sr. Martínez. Como el autor no ha querido escribir una novela, sino dar á su obra una forma entretenida y amena que cautive más la atención del pueblo, sería injusto fijarse en las condiciones artísticas del libro. Tal como está escrito, sirve perfectamente para el fin que el autor se ha propuesto, que sin duda no es otro que el de enseñar al pueblo la verdadera y sana doctrina de la política según el Evangelio.

Instrucciones catequísticas sobre la doctrina y culto de la Iglesia católica.—De la última edición inglesa de esta obrita del Dr. Lingard, acaba de hacerse en Barcelona una traducción por el presbítero D. José Clotas. Las breves páginas de este libro, escrito en preguntas y respuestas, contienen una explicación sucinta de la doctrina y práctica del catolicismo con las primeras y principales autoridades sobre las cuales aquella doctrina y práctica están fundadas. Como se dice muy bien en la advertencia que precede al opúsculo, los muy instruidos nada nuevo podrán aprender en él; pero dará muy buenos resultados á dos clases de personas: á los jóvenes que han de prepararse para hacer la primera comunión, y á los que, por desvío ó por descuido, han llegado hasta la virilidad sin una adecuada instrucción religiosa.

Catecismo de controversia contra los protestantes y otros enemigos de la Religión.—Este libro, arreglado por nuestro distinguido colaborador don Juan Gonzalez, chantre de Valladolid, sobre el que escribió el P. Scheffmacher, de la Compañía de Jesús, es oportunísimo en las presentes circunstancias. Preséntanse en él, también en forma de preguntas y respuestas, las principales doctrinas del catolicismo y la refutación de la herejía protestante, así como de los errores modernos más notables. Todo lo que conviene saber á un cristiano para estar prevenido contra las asechanzas de la herejía y de la impiedad, todo se encuentra bellamente expresado en el libro del Sr. Gonzalez.

Así lo ha debido comprender el público cuando ha agotado las dos primeras ediciones de la obra, y el autor se ha visto precisado á hacer la tercera.

Philosophia elementaria.—Sobre esta obra del eminente escritor P. Ceferino Gonzalez, nada mejor podemos decir nosotros que lo que *La Paz* de Lugo escribía no hace mucho tiempo.

Hé aquí cómo aquel periódico se expresaba:

«El Rdo. P. Fr. Ceferino Gonzalez, antes catedrático de la Universidad de Manila, y ahora rector del colegio de dominicos en Ocaña, es aun joven, y sin embargo ya lleva publicados, además de algunos sermones y opúsculos sobre cuestiones físicas, dos obras á cual más importantes: primero, los magníficos *Estudios sobre la filosofía de Santo Tomás*, que tanto han llamado la atención del mundo sabio; y últimamente, la *Philosophia elementaria*, cuyo tercero y final volumen acaba de llegar á nuestras manos. Aunque compuesta más bien para el uso de las aulas, no por eso dejarán los entendidos de hallar suma utilidad en la lectura de esta nueva producción, excelente resumen de la sólida y profunda doctrina tomista, hecho con el tino de quien no ignora el estado actual de la ciencia, las necesidades de la época y las condiciones de la enseñanza elemental, y con la erudición, método, claridad y desembarazo propios de quien posee á fondo la materia, abarca de una sola mirada las diferentes partes del sistema filosófico que desenvuelve, y conoce sus puntos de conformidad y disconformidad con las más famosas teorías antiguas y modernas.

»Comprende este tercer tomo la ética y la historia de la filosofía, donde ofrece no poca novedad, pues además de dar cabal noticia de las evoluciones de la ciencia en las naciones extranjeras, antes y después de Jesucristo, habla con bastante extensión de los principales pensadores españoles de todos tiempos, esponiendo, ó al menos indicando las ideas capitales de Séneca, San Isidoro de Sevilla, Thofail, Averroes, Avicbron, Maymonides, Lulio, Sabunde, Sanchez, Suarez, Cano, Vives, Huarte, doña Oliva Sabuco, Sepúlveda, Fox, Morcillo, Gomez Pereira, Vallés, Laguna, Caramuel, Isaac, Cardoso, Feijóo, Cevallos, Jovellanos, Balmes, Donoso, Campoamor, etc., comunmente olvidados en las historias, aun las de la filosofía.

»Recomendamos, pues, la *Philosophia elementaria* como uno de los tratados más á propósito para penetrar con pie seguro, así en el campo de la especulación racional, como en el estudio de sus vicisitudes históricas; por cuyos méritos ha sido adoptada de texto en los Seminarios de Zaragoza, Jaen y otros.»

V. GOMEZ.

CRÓNICA DEL PRÓXIMO CONCILIO.

(Continuación) (1).

EL CONCILIO PRÓXIMO Y LAS NACIONES CATÓLICAS.

Refiriéndose á un periódico de Munich, *La France* comunica á sus lectores la noticia gravísima de que el príncipe de Hohenlohe, presidente del Consejo de ministros en Baviera, ha dirigido á las principales potencias católicas una nota acerca del Concilio, en la que, según otros periódicos, los invita á un acuerdo para impedir la celebración de este; y como esto no fuera posible, vistos los compromisos ya contraídos y lo adelantados que

(1) Véanse los números 12 y 14.

están los preparativos para acto tan solemne, prevenir á lo menos los resultados del Concilio en lo que se considerara contrario á sus miras. Añade *La France* que efectivamente la nota mencionada habia sido enviada al gobierno del Emperador, que la acogió benévolamente, si bien reservándose toda libertad de accion. Por último, observan los referidos periódicos que el gobierno imperial, para no escitar el espíritu católico en Francia, proponíase suspender toda gestion en el sentido indicado por el príncipe Hohenlohe, hasta despues de las elecciones.

Difícil sobremanera es averiguar lo que de cierto hubiere en estas noticias. Debemos confesar que la conducta del gobierno francés con respecto al Concilio es harto misteriosa y problemática.

En 10 de julio de 1868 el ministro de Cultos declaró en el Cuerpo legislativo que el gobierno no se opondría á la reunion del Concilio; que era aun dudoso si al mismo enviaria ó no embajadores, para cuyo efecto recogíanse ya los oportunos datos históricos: concluyó, finalmente, el Sr. Baroche rechazando toda idea de separacion entre el Estado y la Iglesia. Estas declaraciones serian ciertamente tranquilizadoras si las posteriores no atenuaran su mérito y alteraran su significado.

No satisfecho el señor ministro con haber afirmado que el *Syllabus* contenia ciertas proposiciones contrarias á los principios fundamentales de la Constitucion francesa, sostuvo tambien que la infalibilidad del Papa solo no se admitia por la inmensa mayoría del clero y del Episcopado francés, y que en sus relaciones con la Iglesia, el gobierno tomaba por base el Concordato, los artículos orgánicos (que colocó en la misma categoría), y la declaracion del clero galicano de 1682, reservándose la mas amplia libertad en un asunto tan erizado de dificultades. En último lugar declaró mas tarde que el gobierno estaba armado, como habíanlo estado los anteriores aun bajo *el ancien regime*, con el Concordato, y que todavia ignoraba si las decisiones del Concilio serian admitidas en su totalidad, ó bien solamente aquellas que no se opusieran al Concordato, á los artículos orgánicos y á los principios del año de 1682.

Ante estas declaraciones contradictorias, á lo menos aparentemente, toda conjetura sobre las intenciones y proyectos del gobierno imperial seria, cuando menos, prematura. Sin embargo, creemos harto dudoso que exista la nota citada; que si existiere, su contenido sea el referido por los periódicos; que Francia haya contestado del modo que se asegura; finalmente, que sus intenciones sean las que se le atribuyen.

En efecto: no es fácil adivinar las razones que hubieren movido al gabinete de Munich para oponerse, sea á la reunion del Concilio, sea á la admision de sus decisiones.

Entre la Santa Sede y el gobierno bávaro, como entre la Iglesia y el Estado, no existe allá diferencia alguna trascendental; al contrario, entre ambos reina la mejor armonía. De todas las naciones católicas, acaso ninguna tiene menos complicaciones religiosas que Baviera, como creemos que son excelentes sus relaciones con Roma. ¿Para qué, pues, temer el Concilio? ¿En qué ha de fundarse tanta oposicion hasta impedir su reunion?

En ocasion del Concilio de Trento, los monarcas bá-

varos fueron de los que mas empeño pusieron en que se celebrara, como lo pusieron tambien los de Francia y los Emperadores de Alemania. ¿Y por qué Baviera abdicaria ahora la política de sus Reyes y las tradiciones patrias, sobre todo tratándose de un Concilio convocado, como dijo Pio IX, no menos para el bien de la Iglesia que para la tranquilidad y paz de los Estados y reinos? Asimismo no se concibe cómo Baviera, no habiendo puesto el menor reparo á que sus Obispos asistieran en Roma en 1854 á la definicion dogmática de la Inmaculada Concepcion, en 1862 á la canonizacion de los mártires, y en 1867 al Centenario de San Pedro, tenga ahora tanto empeño que el Concilio no se celebre, hasta inducir á las potencias católicas á que sigan su ejemplo. En las ideas modernas de ilimitada libertad del pensamiento, de la prensa, de asociacion y de religion, no se comprende con qué derecho ó por cuál razon, no diremos el de Baviera, pero ningun gobierno del mundo, podria impedir á los Obispos reunirse alrededor de la Cátedra de San Pedro para consultar con el Vicario de Jesucristo lo que mas conviniera al bien de la Iglesia y de la sociedad. Los católicos de Baviera, como los de todo el mundo, ¿no han sido libres de reunirse en los Congresos de Malinas, Bamberg y de otras ciudades para deliberar sobre los intereses católicos? ¿Y por qué los Obispos no podrán hacer uso de ese mismo derecho? Pero decimos mas. Baviera, que no se opuso á que sus súbditos asistieran á los famosos Congresos de paz que se tuvieron en Lieja y Ginebra, donde acudieron Garibaldi, Ledru-Rollin y los principales revolucionarios europeos con el solo objeto de derribar los tronos y los altares, ni dirigió á las potencias nota alguna para impedir esos focos de la mas horrible conspiracion, ¿qué pretexto podria alegar para justificar la medida tan tiránica como ilegal que, segun se le atribuye, medita ahora contra el Concilio?

Amen de ilegal y tiránico, el tal paso seria sumamente desacertado y peligroso. Vistas las óptimas relaciones que existen entre la Santa Sede y el Estado, el Episcopado y los fieles de Baviera, grande temeridad seria adoptar una medida que por fuerza acarrearía graves desavenencias con la Silla apostólica, y que suscitaria al gobierno bávaro dificultades y tropiezos muy serios y sin cuento con el Episcopado y con los fieles todos de Baviera, los que, como es sabido, forman la inmensa mayoría de la nacion. ¿Es acaso de presumir que el príncipe de Hohenlohe no vea que sus esfuerzos habian de dar un resultado diametralmente contrario al que se habia propuesto?

Escusado es decir que el Padre Santo, los Obispos en general y los de Baviera en particular, lejos de intimidarse por tal amenaza ó tales tentativas, llamados por su deber y en interes de la Iglesia, arrostrarían todo peligro antes que faltar á su ministerio y á su dignidad. Libres los Obispos, acudirán al mandato pontificio en prueba de la obediencia que deben al Vicario de Jesucristo, y para llenar la mision que han recibido del cielo de cooperar, si necesario fuere, aun con la efusion de sangre, al bien de las almas. En el caso que los poderes de la tierra, usurpando una autoridad que es solo del sucesor de San Pedro, tratasen de coartarles el uso de sus derechos, impidiéndoles se congregaran en Concilio, entonces obedecerian á la voz de Pedro, no solo por de-

ber, pero tambien por un justo sentimiento de honor ofendido y de ultrajada dignidad. Gracias á Dios, jamás ha reinado en el Episcopado católico tan estrecha union como la que ahora reina, como nunca mayor ha sido su celo y su entereza.

Tal es nuestra conviccion acerca de las disposiciones de que están hoy animados los mil Obispos de la Iglesia católica, que si por una hipótesis (¡no permita Dios se realice!) se tentare violentar á la Iglesia y privarla de su libertad, seria entonces cuando ni un Obispo siquiera faltaria á su puesto, aunque no fuese mas que para estar en el momento del peligro al lado de un Anciano venerable y santo, que aman y veneran como á padre, y á quien acatan y obedecen como á representante de Dios sobre la tierra.

Estas razones son obvias é incontrovertibles. El gabinete de Munich, como el de Paris, no las desconocen ciertamente, ni pueden, ni deben desconocerlas. Así es que juzgamos sin fundamento alguno las voces propagadas por los periódicos acerca de la tentativa de las potencias católicas, bajo la iniciativa de Baviera, de impedir el Concilio.

Por lo que toca á Francia, es claro que militan para ella todos los argumentos espuestos con referencia á Baviera. No negamos que las espresiones del Sr. Baroche no solo son, como dijimos, poco tranquilizadoras, mas creémoslas en las presentes circunstancias irreflexivas y muy inoportunas. El *Syllabus*, los artículos orgánicos y la declaracion de 1682, ¿serian acaso motivos suficientes para que el gabinete de Paris se dejara llevar á remolque del de Munich? No lo creemos. Francia, por el rango que ocupa entre las naciones, por su tradicion secular de defensora y protectora de la Santa Sede, como por los grandes servicios que le ha rendido desde 1848 acá, no puede ceder á ninguna otra nacion, y mucho menos á Baviera, la iniciativa en un asunto tan importante, tan trascendental y que tan de cerca le toca, como es el del Concilio; ni debe suponerse que por consideraciones, infundadas algunas, todas de la mayor insignificancia, quiera renunciar al puesto de honor en que los altos designios de Dios la colocaron.

Efectivamente: exagerada y arbitraria en un todo es a interpretacion con que se han querido hacer odiosas algunas de las condenaciones lanzadas por el *Syllabus*. Como las ha interpretado el sabio y elocuente Obispo de Orleans, en su opúsculo *El Syllabus y la convencion de setiembre*, lejos de rechazarlas, la razon debe reconocer su eterna justicia. Además, si bien el gobierno no permitió que se leyera en las iglesias, el *Syllabus*, sin embargo, publicado por todos los periódicos del imperio y por sus Obispos, en la forma mas solemne, ha sido acogido con la mas grande sumision por todos los católicos franceses, que lo consideran como parte integrante de la fe. Este es ya un *hecho consumado*, que el Concilio ni anulará, ni podrá anular. Cuando mas, su intervencion se limitará á demostrar con nuevas declaraciones cuán exagerado, arbitrario, y hasta absurdo ha sido el significado que ha querido atribuírsele. Por lo que, en vez de oponerse al Concilio, mas que á nadie interesa al gobierno francés se reuna, para disipar toda duda ó todo sofisma que sobre el asunto pudiera aun quedar.

En cuanto á los artículos orgánicos que el ratero des-

potismo de Napoleon furtiva y arbitrariamente añadió al Concordato que firmó con Pio VII, sabido es que la Santa Sede jamás los aceptó, como nunca los aceptará, y que el clero francés, como el de todo el mundo, los condena y reprueba altamente, y en ello no reconoce valor ó autoridad alguna. Como el del *Syllabus*, así tambien el de los artículos orgánicos es un *hecho consumado*, de que no ha de ocuparse mínimamente el Concilio.

Otro tanto, por fin, ha de decirse de la declaracion de 1682, cuyo primer principio era establecer la supremacía del Concilio ecuménico sobre la autoridad del Papa solo. Ahora el clero francés tiene una opinion completamente opuesta á la que enseñó en 1682, y puede decirse que la gran mayoría del clero y del Episcopado francés, no solamente admite la supremacía del Pontífice sobre el Concilio, mas tambien su infabilidad, siempre que *ex cathedra* pronuncia algun fallo acerca de la fe ó de la moral. Y si el clero francés así lo cree, ¿por qué temerá su gobierno que así tambien lo crea el Concilio? ¿Acaso el gobierno imperial querrá imitar al Consejo privado de Inglaterra, que se arroga omnímada supremacía religiosa aun en asuntos de dogma? Y como este absolvió á Colenso, racionalista é incrédulo, y condenó á Mackonochie, cristiano y creyente, ¿pretenderá el gabinete francés condenar al Papa y al Episcopado católico entero si, con arreglo á la Santa Escritura y á la tradicion constante de la Iglesia, juzgaren llegado el momento de declarar la infabilidad del Romano Pontífice, siempre cuando definiere en el desempeño de su altísimo y supremo ministerio?

Ó mucho nos engañamos, ó el gobierno imperial está muy ajeno de ingerirse en asuntos que son absoluta y exclusivamente de la competencia de la Iglesia. Hoy dia, que tanto se habla de la separacion de la Iglesia y del Estado, y de la division de los dos poderes, nos es imposible suponer que el gobierno francés quiera con la espada empuñar el cayado, y amalgamar los altos negocios de la política con las doctrinas teológicas y las verdades religiosas. Si así lo hiciera, abdicaria su grande privilegio y de su singular honor de hija primojénita de la Iglesia, para ser su opresora; terreno sumamente peligroso y resbalizado, que podria arrastrarla á un funesto cisma, y tal vez á la herejía misma.

Tales son las razones que nos mueven á considerar apócrifa á todas luces la nota atribuida al príncipe Hohenlohe, y á opinar que si, por una improbable hipótesis, la tal nota fue real y verdadera, jamás Francia daria á ella su adhesion.

Para el completo desarrollo de la tesis que sustentamos, convendria demostrar que, en vez de oponerse al Concilio, deberia el gobierno imperial apoyarlo y favorecerlo con empeño franco, decidido y generoso.

Pero habiéndonos ya alargado mas de lo que consiente la estrechez de nuestras columnas, nos limitaremos á indicar que toda oposicion al Concilio ó sus decretos, sin lograr que sus súbditos católicos no lo aceptaran, acarrearía indudablemente serias desavenencias entre Francia y la Santa Sede, y entre el clero francés y su gobierno; desavenencias que no podrian menos de perjudicar seriamente los intereses de la Iglesia, del imperio y tal vez de la dinastía que hoy lo rige.

Los *meetings* de Paris, y aun mas las recientes elec-

ciones, corriendo el velo, han descubierto la podredumbre horrible que roe las entrañas mismas de una porción de la sociedad francesa. Esta, y todavía más el imperio, están al borde de un abismo. El solo partido del orden puede salvar á ambos, y este partido es el partido católico: el enajenárselo sería, pues, torpe y funesta demencia. En tamaño desacierto no incurrirá Napoleón III. En bien suyo, como de Francia y de la Iglesia, ardentemente deseamos que, desbaratando las asechanzas que Prusia, por medio de Baviera, le tiende, siga el ejemplo del gran Constantino, y como él lo fue del Concilio Niceno, así sea Napoleón III el sosten, el patrono, el defensor del Concilio Vaticano, cuyas actas quiera Dios concluyan como las del Niceno. *His persolutis, Sanctissimi Nostri Patris benedictionem impertiti sunt Imperatori, et fausta acclamantes abierunt singuli in suas civitates gratias agentes Domino Deo.*

No lo dude el Emperador Napoleón: protegiendo al Concilio, y dejándolo en amplia libertad, al par que atraerá sobre sí la mayores bendiciones del cielo, se granjeará la gratitud de Pío IX, del Episcopado entero, de Francia y de doscientos millones de católicos, y logrará, como lo logró Carlo-Magno, consolidar y perpetuar su dinastía. (Del *Boletín eclesiástico de Gibraltar*.)

EL CONCILIO Y SUS ENEMIGOS.

Lo que está pasando cerca del Concilio es asunto de muy provechosa lección. Cuando la noticia de su convocación cundió por Europa, la prensa de cierto color, los racionalistas en religión y en diplomacia, los gobiernos no adictos á la Santa Sede, los revolucionarios y los enemigos todos de la Iglesia, afectaron acerca de él el más soberano desden, ya observando un profundo silencio, ya zahiriéndolo con indigna mofa, ya pronosticando su completa impotencia. Mas á medida que el tiempo avanza y el Concilio se acerca, desvanécense los disfraces, caen las caretas, y revélase el horrible miedo que les infunde, y el odio que contra él les devora.

El Sr. Menabrea envía á los principales hombres de Estado europeos 30,000 ejemplares de su opúsculo *El Concilio ecuménico y los derechos del Estado*, para persuadirles de que el Concilio pondrá en peligro los derechos de los gobiernos; y, falseando la conciencia católica, introducirá en los pueblos nuevos elementos de discordia. El Sr. Olózaga, en las Cortes Constituyentes, hace los más ardientes votos para que el Concilio no se reúna, y, en caso contrario, le amenaza con la coalición hostil de los gobiernos de Francia, Italia, Portugal, España y Baviera. El conde Ricciardi propone sea abolido el artículo de la Constitución italiana en que se declara Religión del Estado la católica apostólica romana, y convoca en Nápoles un concilio antiecuménico. Por supuesto á este concilio, conciliábulo ó sanhedrin fue invitado Víctor Hugo, uno de los grandes Lamas de la Revolución moderna.

Y el autor de *Los Miserables*, con gravedad cómica, contesta: «Grande y eficaz es la idea de convocar un concilio de ideas para oponer al Concilio de dogmas. Yo lo acepto. De un lado está la obstinación teocrática; del otro lado la razón humana. La razón humana es la razón divina. El rayo está en la tierra; la estrella en el cielo. Oponer á los falsos principios de las religiones los

principios de la civilización; colocar cara á cara la verdad con la falsedad; combatir la idolatría con todas sus variaciones por la unidad inmensa de la conciencia, es empresa hermosa y grande. De antemano la apruebo. Si no puedo ir á Nápoles, estaré, sin embargo, allí: allí estará mi corazón. Grito ¡valor! y te estrecho la mano.— Víctor Hugo.»

A tan armonioso concierto, hasta el príncipe Hohenzollern ha unido su sonora voz. Desgraciadamente no se confirman las esperanzas que abrigábamos en nuestro último número, pues las noticias posteriores apenas dejan duda de que el presidente del Consejo de ministros de Baviera haya realmente dirigido á las potencias católicas una nota exhortándolas á un acuerdo para alejar *les perils terribles que le Concile va faire courir au monde moderne.*

Cuando así habla un descendiente de una ilustre familia católica, y presidente de una nación eminentemente católica, ¿deberemos acaso extrañar que los protestantes se alarmen y pongan el grito en el cielo contra el Concilio? Apenas convocado, fingieron, es verdad, cierta indiferencia, y trataronlo casi con desprecio. No pudiendo ocultarlos más, van descubriendo los sentimientos que los animan. Así, sabemos que los miembros del *Protestanteverein* (asociación protestante) debieron reunirse en congreso en Worms el 31 para resistir á los *ataques y usurpaciones* de Pío IX, formulados en su invitación á los protestantes, del 13 de setiembre de 1868, para que asistieran al Concilio.

Qué espíritu reinará en este congreso, pueden nuestros lectores conjeturarlo del tono de las siguientes palabras, sacadas de la invitación al mismo:

«El llamamiento del Papa solicitando la vuelta de los protestantes alemanes al seno de la Iglesia católica, exige una respuesta de parte del pueblo protestante. La temeridad siempre creciente del partido ultramontano obliga á los protestantes alemanes á velar y á estar unidos. Nuestros bienes supremos, nuestras conquistas hechas de un siglo acá, la libertad de conciencia y la del pensamiento, la independencia del Estado y la paz de las diferentes religiones, todo ha sido atacado por la Encíclica del 8 de diciembre de 1864, y por el *Syllabus* que se le añadió. El Concilio, convocado para el 8 de diciembre de este año, pondrá el sello á los principios formulados en dicha Encíclica. No nos es posible callarnos por más tiempo. Pero en esta ocasión no olvidaremos tampoco lo que debemos á nuestra propia Iglesia y á nuestras comunidades, saturadas durante más de veinte años de promesas no cumplidas. Si queremos que se nos ayude, ayúdenos á nosotros mismos.»

En 1076, en Worms también, otro congreso de cismáticos, bajo un poderoso Emperador, trató asimismo de resistir á los *ataques* y á las *usurpaciones* de los romanos Pontífices. Aquel congreso fue una verdadera amenaza y un mal real para el catolicismo; el reunido el 31 del mes que acaba de espirar ¿qué es? *Velut æs sonans, et cymbalum tinniens.* (I. Cor., XIII.)

Esto es lo que el mundo ha andado en ochocientos años; y eso que entonces corría el *siglo de la teología y de la fe*, y hoy el *de la filosofía y de la razón*, como diría el Sr. Castelar. Entonces San Gregorio VII (Hildebrando), obligado á abandonar á Roma, moría en el destier-

ro; ahora Pio IX celebra en Roma el quincuagésimo aniversario de su ordenacion sacerdotal, en medio del aplauso y del amor del mundo entero.

La mano de Dios no se ha abreviado.

Habiendo protegido á Pio IX de un modo milagroso por un cuarto de siglo, lo protegerá, á no dudarlo, hasta que vea coronado su glorioso Pontificado con la mayor de sus glorias: el Concilio del Vaticano. Y de esto hay ya mas que conjeturas; tenemos razones muy poderosas y ciertas.

Por de pronto, asegura *The Tablet* (cuyos informes proceden de fuentes muy puras) saber de positivo que personalmente el Emperador Napoleon desea no se suscite tropiezo ni traba alguna al Concilio; y cuando él quiere algo, difícilmente somete su voluntad á la ajena; además, casi como si fuese dispuesto por la Providencia, el príncipe Hohenlohe, pocos días despues de enviada la nota mencionada, sufrió tal descalabro en las elecciones bávaras del 20 de mayo último, que con toda probabilidad le obligarán á ceder á mejores manos el gobierno de la nacion. Segun los periódicos, los ciento cincuenta y tres nuevos miembros de que se compone ahora la Cámara bávara, distribúyense en ochenta, pertenecientes al partido *patriótico*, alias *ultramontano*; veinte al *anexionista prusiano*, y veintitres al *republicano*. Los treinta restantes al llamado *tercer partido*, que es el del gobierno.

«En vista de esta derrota, observa *La Germania*, no queda al ministerio actual mas que retirarse, en medio del júbilo del pais entero.» *Erudimini qui iudicatis terram.* (Salmo XII, vers. 10.)

En corroboracion de nuestro aserto, citemos la reciente declaracion oficial de que el gobierno francés no piensa retirar de Roma las tropas. Pocos días antes, en vista del resultado de las elecciones, se repetia con insistencia que, tanto para alejar complicaciones como para dar gusto al partido radical, el Emperador Napoleon habia resuelto evacuar los Estados-Pontificios en setiembre próximo, lo que hubiera podido comprometer gravemente la celebracion misma del Concilio. El gobierno francés conoció la necesidad de dar un solemne mentís á tales voces, é hizolo oficialmente en el *Journal Officiel* del 29 de junio último.

Añadamos, por último, que la actitud de Prusia, sumamente favorable hácia la Santa Sede, desbaratará toda coalicion que contra la misma intentaren otros gabinetes. Una correspondencia de un periódico francés refiere el contenido de un despacho enviado por el conde Bismark al baron d'Arnim, y por este comunicado al Cardenal Antonelli. Asegúrase en él que Prusia otorgaba su consentimiento á que en su territorio se abriesen oficinas para reclutar soldados destinados al ejército pontificio, y hasta permitíase á los mismos soldados prusianos de la *landswher* servir en el pontificio sin perder sus derechos de ciudadanos. Si esta noticia fuese cierta, su trascendencia seria incalculable.

EL GOBIERNO BÁVARO Y EL CONCILIO.

La noticia acerca de la actitud hostil del gabinete de Munich hácia el próximo Concilio, fue afirmada por la mayor parte de los periódicos. Uno de los primeros en publicarla fue el *Mémorial Diplomatique*; mas habien-

do posteriormente rectificado sus propias aserciones, nosotros nos hallamos en la obligacion de seguir su ejemplo, y lo haremos con sus mismas palabras.

«Desde Munich se nos asegura que el príncipe Hohenlohe protesta altamente contra la intencion que se le ha supuesto en la circular, de escitar las desconfianzas de las potencias católicas contra las tendencias del Concilio que debe reunirse en Roma el 8 de diciembre de este año.

«Nosotros, pues, nos apresuramos á publicar sobre la circular referida los siguientes informes, que proceden de una fuente auténtica.

«El presidente del Consejo bávaro, en la suposicion de que las grandes potencias católicas, al acercarse la apertura del Concilio, se pondrian de acuerdo acerca de la oportunidad de adoptar una actitud comun en el seno de la referida Asamblea, convida á las potencias mismas á hacer conocer á la corte de Baviera las medidas que ellas hubiesen al efecto adoptado, con el objeto de conformar á la de ellas su propia conducta.

«Al acoger con legítima satisfaccion la rectificacion que se nos ruega hagamos pública, podemos confirmar la exactitud de nuestras noticias acerca de la respuesta que Francia dió á la circular bávara. La corte de las Tuilerías es de parecer que seria prematuro todo concierto sobre medidas comunes, antes de conocer el programa del Concilio, y que en todo caso por su parte se propone no inspirarse mas que de sus propios intereses, reservándose, por consiguiente, una completa libertad de accion.»

Ya habíamos comprendido que Francia no podia dejarse llevar á remolque de Baviera, y que por el rango que ocupa entre las naciones, por su tradicion secular de defensora y protectora de la Santa Sede, como por los grandes servicios que le ha rendido desde el 1848 acá, no puede ceder á ninguna otra nacion, y mucho menos á Baviera, la iniciativa en un asunto tan importante.

Confesamos, sin embargo, con sentimiento que, aun así, la circular bávara era indudablemente una tentativa para ejercer presion sobre el Concilio. ¿Á qué venia esa accion comun sino para imponer al Concilio y someterlo á sus miras? Por lo demas, á la política bávara ha sucedido lo que acontece á toda política no sincera y sí raquítica, es decir, que ha surtido un efecto contrario del que se habia propuesto; porque no solo Francia contestole del modo que refiere el *Mémorial Diplomatique*, sino que la misma contestacion recibió, segun *Le Monde*, de todas las demas naciones, inclusa la misma Italia, que al principio parecia mostrarse favorable á la idea del príncipe Hohenlohe.

(Se continuará.)

ADVERTENCIA.

Á aquellos de nuestros suscritores que hacen la propaganda de la Revista y desean saber si las nuevas suscripciones pueden comenzar desde el primer número, correspondiente al 5 de mayo, debemos decirles que acabamos de hacer una larga reimpresion de aquel y de los cuatro números consecutivos, así como de los pliegos del notabilísimo folleto del P. Magin Ferrer.

Pueden, por consiguiente, admitir suscripciones desde el 5 de mayo, en la seguridad de que los que nos favorezcan recibirán puntual é inmediatamente todos los números publicados hasta la fecha.

LA CUESTION DINÁSTICA.

EXAMEN

DE LAS LEYES, DICTÁMENES, HECHOS HISTÓRICOS, RAZONES Y CAUSAS QUE EL GOBIERNO USURPADOR Y LAS LLAMADAS CORTES DE 1834 ALEGARON EN LAS SESIONES DE 3 DE SETIEMBRE, 6, 7 Y 8 DE OCTUBRE DEL MISMO AÑO, PARA APOYAR EL PRETENDIDO DERECHO DE LA INFANTA DOÑA ISABEL Á LA SUCESION EN LA CORONA DE ESPAÑA, Y ESCLUIR DE LA MISMA AL SR. D. CÁRLOS V, LEGÍTIMO SUCESOR DEL SR. D. FERNANDO VII.

POR EL RDO. P. MAESTRO

FRAY MAGIN FERRER,

DE LA ÓRDEN DE LA MERCED.

De esta magnífica obra, publicada en las columnas de nuestro periódico, y que tanta aceptación ha merecido á nuestros lectores, por ser, además de una demostración evidente de los derechos de don Carlos, un tratado completo de política y una sólida refutación de las teorías liberales, hemos hecho una elegante tirada aparte, cuyos ejemplares se espendeden en esta administración á **SEIS REALES** uno en Madrid y **OCHO** en provincias para los suscritores á la REVISTA, y á **OCHO** y **DIEZ REALES** respectivamente para los no suscritores.

Se halla de venta en Madrid en las librerías de los Sres. Olamendi, calle de la Paz, 6; Aguado, Pontejos, 8; Tejado hermanos, Arenal, 20; D. Leocadio Lopez, calle del Cármen, y en la imprenta de *La Esperanza*.

Los pedidos de provincias pueden dirigirse á D. Antonio Perez Dubrull, Administrador y Editor de la REVISTA, calle del Carbon, núm. 4, tercero.

CONDICIONES Y PUNTOS DE SUSCRICION Á LA REVISTA «ALTAR Y TRONO.»

Madrid. En su Administración, calle del Carbon, núm. 4, cuarto tercero; en la imprenta de *La Esperanza*, calle del Pez, núm. 6, y en las librerías de Olamendi, Aguado, Tejado Hermanos, Lopez, etc.

Provincias. Por medio de los comisionados de la REVISTA, que lo son también de *La Esperanza*, ó dirigiéndose á D. Antonio Perez Dubrull, Administrador y editor de la REVISTA, acompañando el importe en libranzas ó letras de fácil cobro, ó en sellos de franqueo si aquello es absolutamente imposible; pero certificando las cartas en que vengan estos, para evitar extravíos.

Ultramar y extranjero. En los puntos siguientes: *Paris*, M. Brachet, rue de l'Abbaye, 8; *Agencia franco-española* de dou C. A. Saavedra, 55, rue Tailbout, y en la *Librería Española*, casa de Mad. C. Denné Schmitz, rue Favart, n.º 2.—*Bayona*, M. Lasserre, rue Orbe, núm. 20.—*Habana*, Sres. M. Lopez y Compañía, D. Ricardo B. Caballero y Compañía, D. José María Abraido, calle del Obispo, D. Andrés Graupera, y D. Benito G. Tánago, calle de la Habana, 126.—*Matanzas*, Sres. Sanchez y Compañía.—*Puerto-Príncipe*, don Carlos Tejeiro.—*Remedios*, D. Santiago Sauri.—*Santiago de Cuba*, D. Juan Perez Dubrull.—*Puerto-Rico*, Sra. Viuda de Gonzalez, y D. Pascasio P. Sancerrit.—*Mayagüez*, D. José Miret.—*Ponce*, D. Manuel Lopez.—*Méjico*, Sres. Buxó y Compañía, Portales del Aguila de Oro, y D. Isidoro Devanes.—*Veracruz*, D. Juan Carredano.—*Puebla de los Angeles*, D. Narciso Bassols.—*Mérida*, D. Rodolfo Canton.—*Tampico*, Sres. Gutierrez y Vitory.—*Nueva-York*, en la redacción de *El Cronista*.—*La Guaira*, Sres. Salas y Montemayor.—*Guatemala*, D. Ricardo Escardille.—*Caracas*, D. Cornelio Perozo.—*Cartagena de Indias*, D. Joaquin Velez.—*Bogotá*, Sres. Medina Hermanos.—*Lima*, D. Benito Gil.—*Buenos-Aires*, D. Federico Real y Prado.—*Montevideo*, Sres. D. Gregorio Ibarra y hermano, y D. Hipólito Real y Prado.—*Guayaquil*, A. Lamotta.—*Valparaíso* (Chile), D. Nicasio Ezquerra y D. Orestes L. Tornero.—*Santiago de Chile*, D. A. Raymond.—*Manila*, D. Francisco de Marcaida, Sres. Ramirez y Giraudier, D. Quintin Zalvidea (Santa Cruz), y D. Estéban Plana.

La Revista se publica los días 5, 13, 20 y 28 de cada mes.

PRECIOS DE SUSCRICION.

EN LA ADMINISTRACION Ó EN LA IMPRENTA DE "LA ESPERANZA."	Madrid y provincias.	Ultramar y extranjero.	POR MEDIO DE LOS LIBREROS Y COMISIONADOS.	Madrid y provincias.	Ultramar y extranjero.
Por un año..	50 rs.	5 pfs.	Por un año..	60 rs.	6 pfs.
Por un semestre..	25 >	3 >	Por un semestre..	30 >	3 ½ >
Por un trimestre..	13 >	> >	Por un trimestre..	16 >	> >

En Madrid podrá hacer la suscripción, el que así lo prefiera, por medio de los repartidores, á razón de 5 rs. al mes.

REGALO.

Á todo el que se suscriba á la REVISTA abonando el importe de un año, se le regalarán en el acto tres retratos en tarjeta perfectamente fotografiados: uno de busto y otro de cuerpo entero y traje militar del Sr. D. Carlos de Borbon, y otro de busto de su augusta esposa doña Margarita.

El que por tener ya los espresados retratos prefiera una de las dos obras siguientes, elegirá la que guste:
Vidas de los Mártires del Japon y de San Miguel de los Santos, con seis bonitas láminas litografiadas. Además contiene una detallada reseña del acto de la canonización, y un extracto biográfico de los Prelados españoles que asistieron á aquel grandioso acto.—Consta de 272 páginas de impresión esmerada y correcta.

Diario Cristiano, recopilado por el Dr. D. Miguel Martinez y Sanz.—Contiene el martirologio de cada día, y la vida de algunos de los Santos que figuran en él, ó bien la esplicación del misterio que en aquel día celebra la Iglesia.—Consta de 440 páginas de impresión compacta y esmerada.

Á los señores corresponsales y libreros, tanto de España como del extranjero y Ultramar, que reúnan cinco ó mas suscripciones, enviará gratis la REVISTA. De igual beneficio participarán también los particulares que reúnan el mismo número de suscritores.